UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Jefatura de la División del
Sistema Universidad Abierta

EL USO DE *LE* INTENSIVO. ESTUDIO DIACRÓNICO Y DIATÓPICO

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS PRESENTA:

MARÍA DEL SOCORRO ROMÁN GASPAR



ASESORA: DRA. MARCELA FLORES CERVANTES

FAC. DE FILOSOFIA Y LETRAS
SRIA. ACADEMICA DE SERVICIOS ESCOLARES
Sección de Exámenes Profesionales

México, D. F. **2005**

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con todo mi amor
a mi esposo Arnulfo,
a mis hijos Mónica y Héctor
y a mi nieta Julia Andrea
por ser la razón de mi existir.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.
NOMBRE: Socorro Rongon
FECHA: 11-V-05
FIRMA:

A mi padres y mis hermanos por ser la base y parte de mi historia.

A las nuevas generaciones de la familia Román: nieta, sobrinas, sobrinos y sobrina nieta, por representar, con su existencia, una nueva esperanza de vida.

A todas las personas que creyeron en mí y me dieron su apoyo.

A los maestros de la Universidad Nacional Autónoma de México que cumplen con el importantísimo deber de enseñar; especialmente a mi asesora Marcela Flores Cervantes porque sin su ayuda este meta no se hubiera alcanzado.

ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN. 1
0.1. El corpus. 3
0.2. La organización del trabajo. 5

1. ANTECEDENTES BIBLIOGRÁFICOS: EL ESTADO DE LA CUESTIÓN. 6
1.1. El desarrollo de *le* incentivo como un fenómeno interno. 6
1.1.1. La identificación de un uso peculiar del dativo en ciertas variedades del español. 6
1.2. El desarrollo del *le* incentivo como efecto del contacto de lenguas. 17

2. PANORAMA CUANTITATIVO GENERAL DE *LE* INTENSIVO. 21
2.1. La distribución diacrónica y diatópica de *le* intensivo. 22

3. EL ORIGEN DEL CAMBIO. LAS INTERJECCIONES. 31
3.1. El papel del náhuatl en las interjecciones excitativas del español mexicano. .. 32
3.2. El caso de *école* o *école cua* y *cuele*. ¿Préstamos léxicos del náhuatl?. 34
3.2.1. El caso de *école* y de *école cua*. 34
3.2.2. El caso de *cuele*. 36
3.3. Formas equivalentes en náhuatl y español. El caso de *órale*. 38
3.4. Interjecciones del español que manifiestan semejanza con las nahuas. 42
3.4.1. El *le* intensivo unido a interjecciones. 43
3.4.2. El *le* intensivo unido a sustantivos. 45
3.4.3. El *le* intensivo unido a demostrativos. 46
3.4.4. El *le* intensivo unido a otras formas. 46

4. EL *LE* INTENSIVO Y SUS USOS VERBALES. 49
4.1. La hipótesis. 49
4.1.1. El uso intensivo de *le* con verbos y su identidad con el documentado en interjecciones. 51
4.1.2. El dativo no prototípico como puerta de entrada en el terreno verbal del *le* intensivo. 60
4.1.2.1. Los grupos de verbos que permiten la aparición de *le* intensivo. 64
4.1.2.1.1. El primer grupo. Los verbos intransitivos desplazamiento. 66
4.1.2.1.2. Segundo grupo. Los verbos intransitivos de movimiento con trayectoria. 70
4.1.2.1.3. El tercer grupo. Verbos transitivos que pueden atraer un elemento locativo codificado como objeto indirecto. 74
4.1.2.1.4. Extensiones analógicas de los tres grupos fundamentales de verbos. 82

CONCLUSIONES 89

APÉNDICE 94

BIBLIOGRAFÍA 96

FUENTES DEL CORPUS 98

0. Introducción.

El objetivo de este trabajo es ofrecer un estudio diacrónico y diatópico del fenómeno conocido como uso intensivo de *le* (Torres Cacoullos y Hernández 1999, T. Cacoullos 2002) que afecta a la lengua española. Los ejemplos de (1), a continuación, ilustran este uso.

(1) --Á*ndele,* Trini, por favor; échele una ayudada a María,... (HRM, 82)

--Trae unos Raleigh, ¡có*rrele*! (HPCM, 452)

--¡ya, *juégale, juégale*! [un jugador a otro, para dar fin a una discusión que interrumpió un partido callejero de fútbol] (Corpus 2, habla espontánea)

--...*Caminale* sapito, más te conviene... (Burrón, 268, 21)

--...Hay que *sufrirle* y hay... digamos... que... Nosotros así ya tenemos como unos cuatro o tres años,... (HPCM, 239)

--Para él ya es más... una cosa más... este... más arriba, vamos a *suponerle*. De que ya él ya no es igual a mí;... (HPCM, 102)

Aunque, ha sido señalado que el uso intensivo de *le* que acabamos de ilustrar se presenta de manera notable en el español de México (López Austin 1989; Torres Cacoullos y Hernández, 1999, Torres Cacoullos 2002) no faltan los señalamientos de que éste o usos semejantes han sido documentados en otras variedades del español, incluyendo variedades peninsulares (Kany 1969:161-162; Román III, 281, apud Kany).

Con el objetivo de comprobar la antigüedad del fenómeno y su adscripción dialectal se realizó un rastreo diacrónico que comprende desde el siglo XII hasta el siglo XX, con

una bifurcación diatópica a partir del siglo XVI, entre el español peninsular y el español mexicano.

El estudio pretende entonces ofrecer un panorama diacrónico que dé cuenta desde las primeras documentaciones del uso y ofrezca una determinación dialectal, que muestre si, en efecto, el uso se encuentra presente en español peninsular o es privativo del español americano, en su variedad mexicana.

El trabajo pretende también, hacer una descripción del uso, que según se ha dicho, puede afectar diversas formas de la lengua: desde adverbios (2), hasta verbos (3), pasando por sustantivos (4), demostrativos (5) y e interjecciones (6).

(2) -*Órale, camínale* y no te hagas pesado (Burrón, 268, 28)

(3) -¡*Lléguenle* al reparto de piñazos! (Corpus 2, DEM, 717001225)

(3) -¡*Híjoles*! Les va a quedar horrible un hospital ahí. (HPCM, 428)

(5) -¡*ésole*, mi rey!, sí, así se hace. (Corpus 2, Habla espontánea)

(6) -¡*Úchale*! Y yo que pensé que me iba a alcanzar hasta para dos tortas (Corpus 2, Habla espontánea)

La descripción del uso pretende inscribirse en un análisis en torno a los orígenes y evolución del fenómeno que comprenda una explicación de las motivaciones y el trazado del posible sendero de difusión.

Con este fin, pondremos a prueba las distintas hipótesis que han sido ofrecidas en torno al problema y que incluyen, como veremos, explicaciones de carácter interno y explicaciones de carácter externo.

Como podrá constatarse, nuestros datos apoyan la hipótesis planteada por López Austin (1989) en la que se sostiene que el uso intensivo tuvo su origen como efecto del contacto del español con la lengua náhuatl.

De este modo, intentaremos aquí trazar el camino de evolución del uso intensivo, que como veremos, arranca en usos interjectivos, directamente asociados con el náhuatl, hasta alcanzar formas verbales, a través de eventos intransitivos, primero, y transitivos, después, en los que la forma *le*, en caso de poder ser interpretada como un dativo, es siempre un dativo-locativo

0.1. El corpus.

Con el fin de determinar la antigüedad del fenómeno hicimos, como hemos dicho, un rastreo que arranca en el siglo XII y termina en el siglo XVI. Aunque nuestra sensación siempre fue que se trata de un fenómeno reciente, como en efecto resultó ser, nos sentimos en la obligación de descartar toda posible presencia del uso intensivo en español antiguo. Con fin de determinar si el uso es exclusivo del español mexicano o si está o ha estado presente también en español peninsular, establecimos la división diatópica de la que hemos hablado a partir del siglo XVI.

Por esta razón arrancamos con un corpus constituido por once textos que se reparten armoniosamente en el eje diacrónico y diatópico.

Una vez que comprobamos que el fenómeno es reciente, pues sus primeras documentaciones se presentan en el siglo XIX y privativo del español mexicano, expandimos el corpus mexicano a partir del siglo XIX, en doce textos más.

Esta expansión del corpus obedeció a la necesidad de reunir el mayor número posible de ejemplos (que, hay que decirlo, escasean en lengua escrita) para hacer posible nuestra descripción del uso y el análisis del camino seguido por el cambio a través de diferentes contextos lingüísticos. Para las fuentes textuales véase Corpus 1 al final de este trabajo.

El fichado y los recuentos de la forma *le/les* que se hicieron en los textos fueron preferentemente totales, aunque cuando la magnitud del texto así lo requería se hicieron sólo recuentos parciales.[1]

Una vez comprobadas las fuertes restricciones que se oponen a la aparición del uso intensivo en la lengua escrita, nos dimos a la tarea de fichar una serie de textos que podrían, por su naturaleza popular y coloquial, reflejar mejor el uso. También reunimos ejemplos de habla espontánea que fuimos recolectando a partir de emisiones de lengua oral, escuchadas en los medios de comunicación y en la vida cotidiana. Todo este material, los textos con contenido de expresiones populares y el habla espontánea, lo reunimos en lo que llamaremos Corpus 2, del que pueden revisarse las fuentes escritas al final de este trabajo.

Como nuestro interés ha sido en todo momento observar si existe un contraste entre el uso canónico de *le*, es decir, en su uso como dativo, y el uso innovador, es decir, el uso intensivo, creímos conveniente fichar todas las formas *le/les* encontradas en los textos. Así, cuando menos con la parte del corpus procedente de lengua escrita, es posible, además de observar el posible contraste, determinar la magnitud que ha alcanzado el uso intensivo frente al uso canónico.

[1] En el fichado se consideró la forma singular *le* y la plural *les*, porque, aunque la mayoría de los ejemplos que conocíamos eran en singular, no faltan los casos en plural, como puede constatarse en el ejemplo de (4).

0.2. La organización del trabajo.

El trabajo comprende, además de la presente introducción, cuatro capítulos más. En el primer capítulo presentamos el estado de la cuestión. Esto es, ofrecemos una visión panorámica de lo que ha sido dicho en la bibliografía en torno al uso intensivo de *le*. Esta revisión no es por autor ni cronológica. Se trata de una presentación que agrupa a los diversos autores de acuerdo con la perspectiva que adoptan y se expone lo dicho por el autor más representativo de esa perspectiva. En el segundo capítulo, presentamos un panorama general del uso intensivo de *le*, según nos lo permite apreciar el análisis cuantitativo del corpus en sus divisiones diacrónicas y diatópicas. En el capítulo tercero mostramos un panorama descriptivo del uso intensivo de *le* asociado a contextos no verbales, que son, en nuestra propuesta, los primeramente afectados por el cambio. En el capítulo cuarto ofrecemos el panorama de *le* intensivo asociado a verbos y presentamos una hipótesis en torno a la forma en que este uso, procedente en nuestra opinión del náhuatl, se introdujo en la zona nuclear de la sintaxis española. Finalmente presentamos nuestras conclusiones, que van en el sentido de que en el origen y la evolución del uso intensivo de *le* ha jugado un papel fundamental el contacto del español con el náhuatl.

1. Antecedentes bibliográficos: el estado de la cuestión.

Hasta ahora, son muy pocos los estudios realizados en torno al problema del llamado uso intensivo de *le*.

Dentro de los escasos trabajos dedicados al tema podemos, sin embargo, ya ubicar dos perspectivas fundamentales o propuestas de análisis, que difieren esencialmente entre sí por el carácter interno o externo de las motivaciones que le atribuyen.

Así, una de ellas intenta explicar el fenómeno como un proceso desarrollado bajo el empuje de tendencias de cambio presentes en el sistema mismo de la lengua española y, la otra, como un fenómeno resultante del contacto del español con otras lenguas. A continuación expondremos, con la mayor brevedad que nos es posible, estas dos perspectivas de análisis y las propuestas concretas, en nuestra opinión, más destacadas que las representan.

1.1. El desarrollo de *le* intensivo como un fenómeno interno.

1.1.1. La identificación de un uso peculiar del dativo en ciertas variedades del español.

La primera propuesta de carácter interno que se ha hecho, en torno a los orígenes del uso peculiar del clítico *le* como forma intensivadora, la encontramos en Kany (1969:161).

Este autor dedica un brevísimo apartado de su *Sintaxis hispanoamericana* a lo que él llama el "*le* neutro". No obstante la brevedad de su exposición, su propuesta en torno a los orígenes del uso es muy clara. Su trabajo no lo explicita, pero es posible deducir que la etiqueta que elige para reconocer el uso de *le* intensivo, como "*le* neutro" parte de un

análisis que Torres Cacoullos y Hernández (1999:80) parafrasea , ofreciendo el siguiente ejemplo:

> Un grupo de personas está en la carretera. El que viene manejando menciona un restaurante que conoce más adelante, se habla un poco de esta opción pero no se toma ninguna decisión al respecto. Cuando van llegando al lugar del restaurante, pregunta el que maneja:
>
> ¿Entonces qué, *le llegamos*? ‹ entonces qué, *llegamos Ø*?
> = ¿le llegamos (al restaurante)? = ¿lo hacemos?
> (apud Torres Cacoullos y Hernández 1999:80)

Esto es, Kany (1969:161), con la etiqueta de *le* neutro, sugiere que el acusativo llamado neutro, es decir, aquél para el cual no existe una entrada léxica específica, sino que refiere a todo un evento o situación, cuya identidad es reconocible sólo en el contexto inmediato: *lo hecho, lo dicho, lo sucedido* y que se expresa invariablemente en español con la forma *lo*, ha sido substituido por la forma de dativo *le*.

En cuanto a su propuesta en torno a los posibles orígenes de este "*le* neutro", considera que se trata de una especie de "derivación" de la construcción de imperativo más pronombre, del tipo *dale*, que, según su decir, es frecuente cuando menos en el norte de España, sobre todo en Aragón, Asturias y Santander.

Sin embargo, en estas construcciones de imperativo más pronombre no nos encontramos, según sus propias palabras, frente al neutro invariable *le*, pues aquí el pronombre enclítico se concibe como "directamente personal, y como tal puede concordar en número y a veces en género con la persona o personas implícitas: ¡Rediole!, ¡Rediezla!, ¡Cóntrales!, ¡Repúñales!" (Kany 1969:161)

Más adelante señala, sin embargo, que es posible documentar un *les* neutro como en *ándenles* que en este caso se analiza como el efecto de una atracción de un sujeto en plural

(Kany 1969:162). Así, pues, de acuerdo con este autor, el uso de *le* que hemos llamado intensivo se identifica con fenómenos presentes en dialectos no sólo americanos, sino también peninsulares.

La segunda propuesta que se ha hecho, que concibe el fenómeno como el resultado de un desarrollo meramente interno de la lengua es la de Torres Cacoullos y Hernández 1999; Torres Cacoullos 2002), quienes ofrecen una caracterización sincrónica amplia y detallada del fenómeno según se presenta en el español actual de México y también una hipótesis en torno a sus orígenes.

En términos generales proponen que el *le* de la construcción intensiva no marca una entidad tangencialmente afectada por la acción, como suele hacerlo el dativo, sino que desenfatiza al paciente, convirtiéndolo en un mero locus de la acción, y focaliza la acción referida por el verbo (Torres Caocullos y Hernández 1999:79)

En torno al desarrollo diacrónico de la construcción proponen que el fenómeno es resultado de dos procesos: por una parte, de un proceso de debilitamiento del estatus de argumento de la entidad referida por el clítico, debido al decrecimiento de los usos de *le* como OD (leísmo) y, por otra, de un proceso de extensión de significados nuevos sobre contextos viejos.

Estos autores son quienes han estudiado con mayor detalle, amplitud y rigor el fenómeno y es por esta razón que expondremos aquí con cierta amplitud sus propuestas.

Es preciso decir que los autores citados caracterizan con bastante detalle el uso de *le* al que llaman "le intensivo".

En primer lugar, es de gran interés la delimitación que establecen entre el uso de este *le* intensivo de otros usos del dativo con los que podría confundirse, tales como el dativo de interés, las construcciones reflexivas y el leísmo.

Así, señalan que el uso de *le* intensivo es distinto del uso de *le* como dativo de interés y ofrecen los siguientes ejemplos para discutir este punto. En (7) aparece el *le* intensivo y en (8) el *le* usado como dativo de interés (*apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999:80):

(7) Un grupo de personas está en la carretera. El que viene manejando menciona un restaurante. Cuando van llegando al lugar, el que maneja pregunta:
¿Entonces qué, *le llegamos*? (No: ¿Entonces qué, llegamos Ø?)
= *le llegamos* (al restaurante) = ¿lo hacemos?

(8) Porque la sopa le aprieta la boquita, y ¡no abre la boquita el chiquito!... Estará muy de buenas el niño para que él tome tantita sopa; pero menos no *le como* nada (UNAM 1976: 408 apud Torres Cacoullos y Hernández 1999:80).

Sostienen estos autores que el *le* usado como dativo de interés refiere a una persona (*le* = a usted, a uno), esto es, a un participante afectado emocionalmente por su relación con algún participante de la acción y citan aquí a Maldonado (1994:73 *apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999:80). En cambio, el *le* de *le llegamos*, no se refiere a un ser humano, como se esperaría si fuera una especie de dativo, sino a un lugar físico (*le* = al restaurante) y significa algo cercano a ¿Vamos a llegar a ese restaurante, sí o no?.

El uso intensivo de *le* es distinto también de construcciones reflexivas del tipo *se la sabe*, en el que comparece un acusativo. Así, mientras que en este ejemplo el pronombre acusativo *la* se refiere al complemento directo de *saber* (por ejemplo, una canción) y el reflexivo *se*, indica un mayor grado de participación del sujeto en la situación verbal (Maldonado 1999 *apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999), o bien, ofrece un proceso de lexicalización como reflexivo obligatorio. En cambio en ejemplos como el de (9) la forma

le no está refiriendo en modo alguno a un complemento acusativo, sino que remite más bien a una frese preposicional implícita: *ya le sabe (a eso).*

(9) Le acaban de regalar a una niña de dos años un juguete que se debe de girar para que produzca un sonido. Al manipularlo la niña correctamente, la madre exclama:
Ya *le* sabe (No: ya lo sabe)
= Ya le sabe (a eso) = Sabe muy bien
(Apud Torres Cacoullos y Hernández 1999:80)

La frase preposicional implícita a la que remite *le* en este ejemplo indica el lugar, el espacio o el escenario en que se realiza la situación de saber y el significado total de la construcción remite, a su vez, a algo parecido a *sabe muy bien.*

Sostienen que tampoco debe confundirse el uso de *le* intensivo con el leísmo, como podría ocurrir en ejemplos del tipo ilustrado en (10)

(10) Al levantar el teléfono, una joven le dice a su hermana menor, que fue la que primero contestó la llamada (hay dos teléfonos en la casa):
¡*Cuélgale*!(No: Cuélgalo (el teléfono) o cuélgale el teléfono (a ella))
= Cuélgale (ahí, a ese teléfono) = cuelga ya.
(apud Torres Cacoullos y Hernández 1999:80)

El clítico no refiere al teléfono como paciente (No = cuélgalo). Tampoco refiere a la persona que está del otro lado de la línea telefónica (No = cuélgale a ella). La construcción, sostienen los autores, saca de foco al teléfono como paciente de la acción de colgar y enfoca la acción de colgar: cuelga ya.

De este modo, la construcción adopta un sentido incentivo en tanto que pone en relieve la situación verbal misma. El *le* enfoca la acción en sí misma al desenfocar al antes paciente.

La propuesta de estos autores, que parte de una perspectiva sincrónica, como insisten en aclarar, es que la construcción con *le* intensivo representa una última etapa en el proceso de gramaticalización experimentado por el clítico de dativo *le(s)*, atestiguado sobre todo en español americano, por procesos tales como la duplicación de OI, la proliferación del dativo de interés, la posibilidad de que la forma refiera a entidades no animadas y, finalmente, la existencia del uso intensivo del pronombre.

Se trata, dicen, de un proceso de despronominalización por el que el clítico ha perdido valores referenciales. Ofrecen evidencia bibliográfica de que la forma *le(s)* es originalmente un pronombre dativo con referencia humana que tiende a convertirse en una marca de concordancia, abandonando valores referenciales, tales como los de número: *le di sus cuadernos a los niños*, que puede convertirse en un participante no argumental, mediante el llamado dativo de interés: *si no le tiene sus dulces no le come (a usted) nada,* que puede despojarse del valor referencial de entidad humana que le era característico, para acoger entidades inanimadas: *le tengo miedo al avión* y que puede, finalmente aparecer como un morfema intensivo, carente de toda referencia a un objeto del verbo, sea como pronombre o sea como marca de concordancia.

En la construcción intensiva, proponen, la gramaticalización de *le* ha ido un paso más allá, puesto que la forma no tiene referente, ni humano ni no humano, como sería de esperarse si fuera un pronombre verdadero. La forma tampoco anuncia la presencia de un argumento dativo, como tendría que hacerlo si fuera afijo de concordancia. En cambio, sirve para evitar la expresión de un argumento acusativo. Esto es, la estructura con *le* intensivo enfoca la acción, desenfocando antes al paciente.

En apoyo de su hipótesis ofrecen los siguientes hechos: 1) la construcción de *le* intensivo es altamente frecuente en estructuras intransitivas donde no se expresa un objeto

paciente y la construcción entra en variación con estructuras intransitivas, esto es en construcciones verbales sin objeto directo, no con estructuras transitivas, según ilustra en (11):

(11) Pero dice la maestra que todas [las lecturas]
tenían que ver con la muerte... Entonces la maestra
dijo: "¿qué es esto? No, ya está muy tétrico el asunto,
vamos a *cambiarle*", y *cambiaron* por ese libro
(*apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999:86)

Al estar en variación con construcciones transitivas es claro que el *le* intensivo no refiere a un objeto del verbo, ni como pronombre, ni como marca de concordancia. Por otra parte, encuentran que en su corpus el uso intensivo es altamente frecuente con verbos de movimiento, que han sido considerados generalmente como intransitivos, y que es capaz de lograr que algunas actividades físicas normalmente transitivas, como pintar (la pared), pasen a significar movimiento intransitivo: ¡*píntale*! = *vete ya.*

La construcción intensiva es también muy frecuente en el campo semántico del trabajo, con verbos que en su uso más frecuente aparecen como intransitivos, tales como trabajar, chambear, entrar (al trabajo):

(12) Nomás en las vacaciones yo me venía acá con
mi abuelita, a *trabajarle* porque no era de las que
nos daba todo así (*apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999:87)

Así pues, el *le* de la estructura intensiva no refiere a un paciente, sino que lo que podría ser el paciente en una construcción con el mismo verbo es ahora el locativo de la acción.

Para sustentar esta aseveración hacen notar que el 10% de los elementos cuantificados en una muestra de 100% la construcción con *le* intensivo aparece con locativos deícticos, como el de (13) (*apud* Torres Cacoullos y Hernández 1999:87):

(13) [Al concluirse una grabación]
Bueno, vamos a *apagarle* ahí ya, Grecia

Una vez que los autores deslindan el *le* intensivo de otros usos del clítico y que muestran que no se trata de un pronombre de objeto o marcador de concordancia, se adentran en la argumentación en torno al que consideran el verdadero valor de este *le*: el de constituir una construcción intensiva.

Para sustentar su análisis muestran ciertos patrones de distribución que apoyan la interpretación intensiva. Sostienen que es altamente frecuente en imperativos, donde juega un papel pragmático de exhortación, y en expresiones deónticas con infinitivo del tipo *hay que trabajarle,* tiende a ocurrir, también, en el discurso directo, esto es, en conversación directa, más que en discurso narrativo u otros géneros discursivos, es más frecuente con sujeto de segunda persona del singular y ocurre siempre con sujeto humano, cuya volitividad alta ajusta muy bien con la idea de actividad intensiva.

Sostienen, por otra parte, que es altamente frecuente en interjecciones y el uso de interjecciones en el habla implica intensidad. En estos casos el uso de *le* da aún más intensidad a la expresión: ¡*épale*!, ¡*órale*!, ¡*éjele*!, entre otras.

Ahora bien, estos autores proponen que la evolución diacrónica del uso intensivo de *le* obedece a un proceso de debilitamiento semántico de la forma (*semantic bleaching*), esto es, de una pérdida de los rasgos semánticos de *le*, que culmina con la pérdida de su estatus de argumento y de su estatus pronominal. Esta pérdida implica que la forma funciona

menos como un participante activo y más como la locación en la que se realiza el evento. En su uso como intensificador *le* no refiere ya a un participante en el evento, sino que se convierte en un afijo a medio camino entre flexión y derivación (Torres Cacoullos 2002:286).

Propone que en el debilitamiento de *le* como argumento ha sido fundamental un supuesto decrecimiento del leísmo en México, que trata de demostrar a través del recuento de los leísmos que se documentan en los DLNE, desde el siglo XVI al siglo XIX.

Dicho decrecimiento que, en efecto, encuentra reflejado en los documentos mencionados, implica una reducción diacrónica de la ocurrencia de *le* como objeto único en situaciones de dos participantes: *le vi en el parque*.

Esta declinación de leísmo, argumenta, ha significado que *le* se use menos como un argumento y más como un oblicuo.

Concomitante con la declinación de *le* en situaciones de dos participantes se encuentra el incremento de su concurrencia con una frase nominal en función de argumento en situaciones de tres participantes: *le daba sus dulces*.

Por otra parte, dice, el estatus de argumento de *le* se ve erosionado no solo por el decrecimiento del leísmo, sino también por el hecho de que las situaciones de tres participantes no son todas iguales. Existe un continuo de estatus de argumento, a través del cual *le* puede ser más o menos argumental. Esto es, en algunos casos *le* aparece con verbos que prototípicamente suponen tres participantes. En estos casos se trata de un verdadero objeto indirecto, como en *traer*, verbo que supone un recipiente prototípico. Pero en otros casos, *le* funciona como un aplicativo, es decir, con verbos que son más frecuentemente monotransitivos o incluso intransitivos, como *cerrar*. Con este último tipo de verbos *le* es un dativo de afectación, esto es, un participante en el evento que no forma parte de la

estructura argumental, sino que funciona más bien como la locación, concreta o abstracta, en la que ocurre el evento (Maldonado, 1999: 252ff. *apud* Torres Cacoullos 2002:303).

Por su parte, el debilitamiento del estatus pronominal de *le* se ve testificado por la pérdida del requerimiento de que su referente sea humano: *le temo al avión*, por la duplicación de objeto indirecto: *le di dulces a la niña* y por la pérdida de concordancia: *le dije a los niños.*

El efecto final de todo lo anterior es que *le* se asocia menos con un participante argumento y se vuelve más relevante al verbo en sí mismo, cuyo significado se ve transformado, en medio de un proceso que tiene como resultado final su uso como intensificador.

El uso intensivo de *le* se encuentra pues en el extremo final de un camino de gramaticalización, producido por su erosión semántica. Este camino se resume en el siguiente esquema (*apud* Torres Cacoullos 2002:309, en mi propia traducción):

Dimensiones del bleaching de *le*:

Pronombre objeto (*le* dije)

--debilitamiento del estatus de argumento

a. reducción del leísmo (*le* mató)

b. incremento de casos no dictados por la valencia del verbo (*le* cierro)

--debilitamiento del estatus de pronombre

a. pérdida del requerimiento de un referente humano (*le* echó petróleo a la ropa)

b. duplicación de dativo (*le* dijo a su secretario)

c. pérdida de concordancia de número (*le* pone a los tacos)

--Intensificador (córr*ele*)

Torres Cacoullos (2002:309) propone, finalmente, que la evolución arriba esbozada se explica como un caso de significado nuevo en viejos contextos, más que el mecanismo más común de generalización a nuevos contextos mediante el incremento de frecuencia.

Esto es, según su propuesta, no parece haber una expansión de *le* a más predicados, sino más bien, un cambio en los usos de *le* con los mismos predicados: nuevos significados en contextos viejos. Puesto en otras palabras, una vez que *le* abandonó su uso como pronombre de objeto directo (leísmo) tomó otras funciones. La función intensificadora probablemente se origina con *ándale*, después se extendió a otros verbos intransitivos de movimiento (correr) y de ahí avanzó a otros verbos transitivos e intransitivos (cerrar). Este será menos probable en contextos de dativo prototípico como *decir* o contextos altamente transitivos como *matar*.

Al tomar *le* la función intensificadora del verbo, evidencia tres principios de gramaticalización: divergencia, decategorialización y retención, según fueron estas definidas por Hopper y Traugott (1991). Entendiendo por divergencia, la gramaticalización de una forma o formas etimológicamente relacionadas en un contexto pero no en otros, que en el caso concreto en análisis, se muestra en una variación sincrónica en los usos de *le*: con *decir*, se mantiene como un pronombre que refiere a un humano, pero con *correr* es un afijo intensificador. Por decategorización se entiende la pérdida de marcas opcionales de categorialidad y autonomía discursiva, que se muestra en despronominalización (pérdida de concordancia de número) y la no referencia a un participante. Por retención, la persistencia de rasgos de significado de la construcción que constituye la fuente original, que se muestra en el uso de *le* como un locus deíctico de actividad, más claramente con verbos de movimiento.

1.2. El desarrollo del *le* intensivo como efecto del contacto de lenguas.

Otra de las grandes líneas de investigación está planteada en la posibilidad de que el cambio no sea simplemente un desarrollo provocado por tendencias internas del sistema lingüístico del español, tales como la cadena de gramaticalización que propone Torres Cacoullos y Hernández (1999); T. Cacoullos (2002). Otra posibilidad planteada en ciertos trabajos es la de que el fenómeno se haya desarrollado gracias al contacto del español con otras lenguas, tales como el vasco o el náhuatl.

Una de las propuestas que llamaremos sustratistas, pues ambas suponen la influencia de lenguas de sustrato en el desarrollo del fenómeno, son la de Román

(1901-1918 III, 281 *apud* Kany), quien lo atribuye a la influencia del vasco y el gallego, y la de López Austin (1989), quien lo atribuye al contacto del español con el náhuatl.

La primera propuesta es muy simple, pues parte de la sola observación del autor citado de que los vascos y los gallegos insertan un *le* frecuente e innecesario cuando hablan español.

La segunda propuesta es más compleja, pues parte de la comparación de fenómenos afines al uso de *le* intensivo del español en la lengua náhuatl. Así, López Austin argumenta que el *le* que se une notablemente a ciertos verbos del español mexicano tales como *ándale, córrele, pásale, éntrale, súbele, bájale, juégale, húyele,* con un claro sentido enfático, está muy lejos de representar a un auténtico dativo u objeto indirecto.

Afirma contundentemente que, por el contrario, la desinencia no es un pronombre, sino un incitativo y que su origen se encuentra en el cruce de dos corrientes muy diferentes: por una parte, la representada por la existencia de las interjecciones excitativas nahuas

terminadas en la sílaba *-le* y, por otra parte, las características de los imperativos españoles con verdadero dativo *-le*.

Según su propuesta, el cruce de estas dos corrientes produjo en el español de México dos interesantes hibridismos: por un lado, el uso de falsos dativos *–le* unidos a verbos (*ándale, córrele*), y, por otro, los enfáticos *–le* unidos a adverbios y a interjecciones (*órale, épale*).

López Austin (1989) muestra en su trabajo toda una larga serie de interjecciones excitativas nahuas que terminan efectivamente en sílaba *–le*, entre las que destacan: *mayecuele* y *macuele* 'ea, alto a ello' y *tlacuele*, *tlayecuele* 'a ello, vamos'.

En su conjunto estas interjecciones excitativas están formadas por cinco elementos:

a. Un desiderativo-exhortatorio *ma* o *tla*, que "indican el deseo de que la acción se realice o la amable sugerencia de que se cumpla". Sus equivalencias en español irían desde ¡ojalá! hasta ¡por favor!

b. Un actualizador *ye*, que significa, *ya, en este instante, hasta ahora, en este momento.*

c. Un acelerador *cuel*, que según Carochi (*apud* López Austin) "denota más presteça y breuedad de la que se pretendía" y cuando lo precede *ye*, añade más "breuedad e presteça".

d. Un durativo *oc*, que tiene un claro sentido de permanencia

e. Un enfático-determinativo *yeh*, que marca con énfasis la interjección.

Así, el sentido de las interjecciones más complejas pudiera parafrasearse como "hay un deseo enfáticamente manifiesto de que x permanezca".

Estas interjecciones pasan al español, dice López Austin como un nahuatlismo ¡*cuele*!, que no ha despertado interés entre los estudiosos porque resulta profundamente engañoso, pues ha adquirido la apariencia de un verbo español en modo imperativo, y como tal ha llegado a conjugarse: *¡cuélen! ¡cuélele!*. Su significado preciso es *¡lárgate!*.

El considerar que el uso de *–le*, como en *ándale*, corresponde al uso anómalo de un sufijo dativo, tropieza, según este autor, con serias dificultades. En principio, no parece posible atribuirle un antecedente español. Tampoco existe ese antecedente en la lengua náhuatl ni en alguna otra lengua indígena mexicana. Sin embargo, si alguna lengua indígena la produjo es difícil pensar que hubiese sido otra, y no el náhuatl.

El sentido de ese *le* no es ni remotamente pronominal, afirma este autor, su carácter enfático e incitativo, en cambio, es sumamente claro. Es muy verosímil, dice, que el *le* agregado a los verbos españoles tenga como origen el cruce de las interjecciones excitativas nahuas con el uso de los verdaderos sufijos pronominales. "Los españoles debieron de pronunciar enfáticamente los imperativos con verdaderos sufijos pronominales (¡da*le*!, ¡péga*le*!) en su trato con la población indígena; los indígenas, por su parte, debieron de identificar este sufijo con las terminaciones de sus imperativos excitativos, y se formó así una nueva partícula: un *–le* injustificable como pronombre español, incompleto como excitativo náhuatl, híbrido, con un rico carácter incitativo, unido a verbos al cumplimiento de cuya acción incitaba. Como partícula tan útil fue profusa, y lo es, pese a los ataques de los puristas que lo confunden con un absurdo sufijo dativo. Su función, sin embargo, es otra: la incitativa." (López Austin 1989: 412).

Pero, de acuerdo con este autor, el *le* no pudo limitarse a los verbos, entró en la composición para dar *¡órale!*, interjección derivada del adverbio *ahora*. Si se une a *¡éje!*, que indica duda de la veracidad del interlocutor, en *¡éjele!*, expresa burla abierta. Si se une

a *¡uju!* Que indica contrariedad o duda, en *¡újule!*, es ya abierta desconfianza o completo desaliento.

Así, la relación evidente entre los usos verbales y los interjectivos del español que llevan este sufijo *–le*, sólo puede explicarse, según López Austin (1989:413) como resultado del cruce del verdadero sufijo pronominal español con las interjecciones excitativas nahuas.

Como hemos podido apreciar, los estudios fundamentales que dan cuerpo a las dos diferentes propuestas, la de carácter interno y la de carácter externo, coinciden en señalar que el sufijo intensivo *le* no es un pronombre.

En los siguientes tres capítulos trataremos de dilucidar el comportamiento interjectivo y verbal de *le* intensivo, según se manifiesta en nuestro corpus y evaluar la plausibilidad de las diferentes propuestas hechas hasta ahora. Haremos también una propuesta propia, que surge, en gran medida, como se verá, del aprovechamiento de los rasgos más destacados de las propuestas antecedentes que muestran ser congruentes con nuestros datos.

2. Panorama cuantitativo general de *le* intensivo.

En el presente capítulo presentaremos un panorama general de la distribución diacrónica y diatópica de *le* intensivo. Ofreceremos, por un lado, los datos cuantitativos que nos permitirán apreciar cuáles, entre las variedades dialectales estudiadas, son las que muestran presencia de *le* intensivo, y, por otro lado, en que momento o momentos de la historia se comienza a registrar la presencia del uso innovador.

De acuerdo con los datos que ofreceremos, el lector podrá constatar que el uso innovador es un fenómeno al parecer muy reciente. Así lo sugiere el hecho de que se deja sentir en los textos estudiados sólo hasta el siglo XIX. También podrá el lector constatar que el uso intensivo de *le* se documenta en la variedad mexicana, pero no así en la peninsular, con lo que tendremos que concluir, como ya había sido señalado por algunos de los estudiosos del fenómeno, que la innovación tuvo su origen en México.

Todo parece indicar, por otra parte, que su aceptación en lengua escrita ha tenido que enfrentar amplias restricciones, pues aunque las primeras documentaciones que tenemos corresponden al siglo XIX, durante todo este siglo sólo contamos con apariciones aisladas y ligadas siempre a fragmentos en los que se describe el habla popular, cuando no el habla vulgar del pueblo mexicano.

Como podrá apreciarse, no es sino hasta el siglo XX que el uso comienza a manifestarse en forma relativamente importante en lengua escrita. El lector podrá comprobar que se trata de un fenómeno totalmente inexistente en la Península y es, sin duda, privativo del español de México.

Mostraremos también que el uso de *le* intensivo se encuentra ligado en su origen y evolución a los sectores más populares e incultos de la sociedad mexicana, hecho que, sin lugar a dudas, ha influido en su escasa representación en lengua escrita.

Por último, presentaremos datos que denotan una mayor concentración y preferencia del uso intensivo en las regiones de México coincidentes con las antiguas zonas de dominio del náhuatl.

Todos estos hechos, en conjunto, constituyen una evidencia de peso que apoya la propuesta de que el fenómeno ha tenido su origen en el contacto del español con el náhuatl.

2.1. La distribución diacrónica y diatópica de *le* intensivo.

En el capítulo anterior hablamos con cierta amplitud de las diferentes hipótesis ofrecidas hasta ahora en torno a los posibles orígenes y motivación de *le* intensivo.

Ahí mostrábamos que las interpretaciones del fenómeno son diversas y que, en la hipótesis de algunos autores, el fenómeno podría ser antiguo en la lengua y encontrarse motivado por la influencia de otras lenguas sobre el español, ya sea peninsulares, según la opinión de algunos, o americanas, según la opinión de otros.

Dentro de esta línea de investigación se circunscriben los trabajos que sugieren que el fenómeno puede ser el efecto de un cruce, entre características propias de la lengua española y fenómenos existentes en otras lenguas, tales como el vasco y el náhuatl.

La necesidad de medir la factibilidad de estas propuestas nos impuso la tarea de estudiar el fenómeno a todo lo largo del eje diacrónico y en al menos dos dialectos del español, el peninsular y el mexicano.

También nos hizo considerar la conveniencia de estudiar el posible contraste entre el uso canónico de *le*, esto es, en su función de objeto indirecto, y el uso innovador o intensivo. Esta consideración nos forzó, como hemos dicho en la introducción de este trabajo, a fichar, no sólo el uso de *le* que podemos identificar como intensivo, sino el uso canónico de *le*, es decir, en su función tradicional de objeto indirecto.

La importancia de hacer el seguimiento del fenómeno tanto en el eje diacrónico como en el eje diatópico radica en que nos permitiría hacer delimitaciones fundamentales en torno al posible origen y desarrollo de los cambios. Así, aunque el uso intensivo de *le* ha sido identificado por autores varios como característico del español mexicano, no falta en la bibliografía señalamientos de que existen usos idénticos o semejantes en otras latitudes. Esto nos invitó a clarificar de una vez por todas este punto y a fichar cuando menos dos dialectos: el peninsular y el mexicano.

El seguimiento diacrónico del cambio en las dos variedades estudiadas, nos permitiría decidir, de una vez por todas el problema en torno a su origen: ¿se trata de un fenómeno que se ha manifestado en diferentes momentos de la historia de la lengua, en diferentes latitudes, o es un fenómeno reciente y ligado a la historia de la variedad mexicana de la lengua?

Por otra parte, el interés de establecer el contraste entre el uso innovador, intensivo de *le*, y el canónico, como objeto indirecto, reside en que nos permitiría, entre otras cosas, medir el avance porcentual del uso innovador e inducir el camino a través del cual pudo haberse ido introduciendo en la lengua el uso intensivo de *le*.

El cuadro 1, que ofrecemos a continuación, presenta el panorama diacrónico y diatópico del comportamiento de *le* en lengua escrita, tanto en su uso canónico como en su uso intensivo. Como puede observarse, el uso intensivo de *le*, no se documenta en períodos

anteriores al siglo XIX, ofrece su mayor desarrollo durante el siglo XX y es un fenómeno exclusivo, en efecto, del español mexicano.[2]

Es preciso decir que, una vez que localizamos el origen y desarrollo del uso en el español mexicano de los siglos XIX y XX, consideramos necesario incrementar el corpus para esta variedad y para este período, con el fin de recabar un número importante de documentaciones escritas del uso innovador y con el fin ulterior de compararlas con las que es posible documentar en lengua oral.

Lo primero que es pertinente hacer notar es que, comparado con el uso canónico de *le*, el uso intensivo tiene una presencia apenas perceptible en lengua escrita.

[2] Es preciso decir que contamos con un texto, *Tirano Banderas,* escrito por un autor de origen peninsular, Valle-Inclán, que ofrece cuatro ejemplos de *le* intensivo con el verbo andar, "*ándele*". Sin embargo, debimos descartar estos datos del recuento general que ofrece el cuadro 1 debido a dos hechos que, en nuestra opinión, desautorizan cualquier intento de ver en él una representación peninsular del uso intensivo de *le*. Estos dos hechos son los siguientes: tenemos, por una parte, que dicho autor vivió en México en dos distintas ocasiones. La primera, de 1892 a 1893 y, la segunda, durante 1922 y, tenemos, por otra parte, que la novela se propone a sí misma como "la crónica de una dictadura en una imaginaria república latinoamericana". Estos dos hechos, nos hablan, desde luego, de que el autor era capaz de imitar el uso mexicano de la lengua y reproducirlo en su obra para darle "color" latinoamericano al texto, como en efecto lo hace, no sólo mediante la presencia de *ándale*, sino de muchos otros giros claramente regionales.

Así, además de los usos intensivos de *le* que se documentan en este texto, existe una profusión de palabras típicas de dialectos americanos tales como *cholo, chicha, frijoles, pendejo*, etc. y algunos giros sintácticos propios de extensas regiones de América tales como el voceo: "vos no vendés la conciencia" (del Valle Inclán, 1976, p. 53). Por otra parte, el uso de *le* intensivo aparece a veces acompañado de otras expresiones o palabras típicamente mexicanas: "¡*ándele*, pendejo! (del Valle Inclán, 1976, p. 86). Todo lo anterior nos permite concluir que el autor está representando deliberadamente lo que le resulta más prominente y pintoresco del uso americano. De este modo, incluir estos datos en nuestros recuentos generales no habría hecho otra cosa que falsear el panorama general del cambio. Es importante decir, por otra parte, que fuera de este texto no encontramos indicio alguno de la existencia de *le* intensivo en la Península.

Cuadro 1. El uso intensivo de *le* en documentos escritos (Corpus I)

PERÍODO	PENÍNSULA			MÉXICO		
Siglo XII	(209)	0	0%			
Siglo XIV	(269)	0	0%			
Siglo XV	(340)	0	0%			
	PENÍNSULA			MÉXICO		
Siglo XVI	(XX)	0	0%	(282)	0	
Siglo XVII	(1356)	0	0%	(492)	0	
Siglo XVIII	(109)	0	0%	(XX)	0	
Siglo XIX	(160)	0	0%	(4716)	13	0.27%
Siglo XX	(671)	4	0.59%	(7050)	335	4.75%
	(3122)	4	0.13%	(11766)	348	2.96%

	PENÍNSULA	MÉXICO	Total de Intensivos
Siglo XIX	0	13 (3.69%)	
Siglo XX	4 (1.13%)	335 (95.17%)	
Totales	4 (1.13%)	348 (98.86%)	**352 (100%)**

Así, aunque la documentación de *le* intensivo es cuantitativamente poco importante si se considera su lugar frente al uso canónico del dativo, durante el siglo XX el uso innovador deja de ser un fenómeno extraño en la lengua escrita y consigue una presencia relativamente notoria.

Este hecho nos permite, desde luego, descartar la hipótesis planteada por algunos estudiosos de que se trata de un fenómeno antiguo en la lengua y presente en español peninsular. Nuestros datos demuestran que se trata de una innovación relativamente reciente, que no ofrece documentaciones en lengua escrita sino hasta el siglo XIX y que se circunscribe al español mexicano. A la luz de los datos de este cuadro, podemos desechar completamente la hipótesis que propone que el uso pueda haber tenido un origen peninsular, motivado por el contacto del español con el vasco. Si tal hubiera sido el caso, esperaríamos haber documentado alguna presencia, relativamente estable, de este uso en los

textos peninsulares, y no un uso inexistente o marginalmente asociado con un texto que pretende imitar los usos propios de América (ver nota 1).

Es preciso decir, también, que todo parece indicar que el uso intensivo de *le* ha sido siempre mucho más frecuente en lengua oral de lo que nos permite entrever la lengua escrita.

Tenemos evidencia importante, como veremos a continuación, que nos permite ubicar el origen de este cambio en estratos populares.

Este hecho necesariamente habrá implicado un rechazo del uso por parte de hablantes cultos de la lengua y la existencia de fuertes restricciones para su aparición en lengua escrita. Por otra parte, contamos en apoyo de este punto con la evidencia que nos ofrece para el siglo XX la gran presencia del fenómeno en lengua oral, que no se refleja adecuadamente en lengua escrita.

El cuadro 2, a continuación, nos permite comprobar el origen popular del uso intensivo de *le*. En él se muestra el porcentaje de aparición de la forma en el desempeño oral de hablantes cultos e incultos de la lengua.[3] Los datos fueron extraídos del habla culta y popular de la ciudad de México, reflejados en el conocido corpus reunido en *El habla de la Ciudad de México. Materiales para su estudio* y *El habla popular de la Ciudad de México. Materiales para su estudio* (véase la referencia completa al final de este trabajo).

Cuadro 2. El uso intensivo de *le* en habla culta y popular.

HABLA CULTA		HABLA POPULAR	
21(750)	2.80%	131 (1683)	7.78%

[3] Robelo (Apud Lopez Austin), comenta que se trata de un uso que sólo se da "entre indios y gente grosera".

Obsérvese que la frecuencia de uso de *le* intensivo en el habla popular es casi el triple del porcentaje de frecuencia que en el habla culta. Como sabemos, la frecuencia de uso de una innovación lingüística puede tomarse como un indicio de su arraigo en el sistema de la lengua.

El hecho de que el *le* intensivo sea más frecuente en el habla popular que en el habla culta, no puede interpretarse, en nuestra opinión, sino como un signo del origen popular de este cambio y de la existencia natural de cierta resistencia por parte de los hablantes cultos a incorporar la innovación.

Una vez hechas las primeras delimitaciones que nos permite la observación de los resultados de nuestro corpus escrito, a saber, que el uso de *le* intensivo se encuentra restringido en el eje diatópico al español de México, que es una innovación relativamente reciente, y que tuvo su origen en habla popular, consideramos conveniente ampliar los factores a ser considerados por nuestra investigación.

Así, consideramos de gran interés rastrear las posibles diferencias diatópicas dentro de la República Mexicana. Esto nos permitiría, desde luego, poner a prueba la hipótesis sustratista, que atribuye el origen del uso al contacto del español con el náhuatl.

Con el fin de hacer este rastreo diatópico, estudiamos las entrevistas que ofrece el *Habla popular de la República Mexicana* en función del origen local de sus informantes.

Distinguimos tres zonas a las que denominaremos, para los fines de esta investigación, "zona norte", "zona centro" y "zona sur". [4] La que reconocemos como "zona centro" recoge los datos de las regiones reconocidas como el territorio tradicional de los grupos nahuas y las zonas de mayor influencia de esta lengua, según el Instituto Lingüístico

[4] Para la asignación de cada localidad a una de estas tres diferentes zonas véase el Apéndice 1 de este trabajo.

de Verano. La zona norte recoge todos los estados del norte de México, que sin estar completamente libres de la antigua influencia del náhuatl, se caracterizan por situarse dentro de los límites de influencia del imperio azteca, pero lejos de sus áreas centrales y por ofrecer una concentración mucho menor de población indígena que la zona centro y la zona sur. La zona sur, por su parte, recoge los datos de regiones cuya concentración de población indígena es notable, pero que, sin haber estado libres de la influencia de la cultura náhuatl, han sido el dominio tradicional de otras lenguas indígenas.

Los resultados de esta indagación se ofrecen en el cuadro 3. Obsérvese que el porcentaje de aparición del uso intensivo de *le* casi triplica en la zona central, al que aparece en las otras dos zonas, distantes de la influencia fundamental del náhuatl.

En nuestra opinión, estos datos constituyen un soporte importante para la hipótesis sustratista en torno al origen de la innovación. Es decir, son una prueba en favor de la propuesta de que el contacto del náhuatl con el español pudo haber jugado un papel determinante en la aparición del uso intensivo de *le*.

Cuadro 3. Uso intensivo de *le* en distintas regiones de México

ZONA	USO INTENSIVO	
NORTE	15 (652)	2.30%
CENTRO	52 (830)	6.27%
SUR	12 (501)	2.40%

ZONA	USO INTENSIVO	
NORTE	15	18.99%
CENTRO	52	65.82%
SUR	12	15.19%
Total	79	100%

El comportamiento de la zona norte y de la zona sur, es muy similar, pese a las grandes diferencias entre estas dos regiones en relación con el tipo de población.

Como se sabe, son muy diversos los grupos indígenas que han habitado las regiones norte y sur del país. Estas diferencias son notables en el terreno lingüístico, cultural y de concentración de población. Sin embargo, esta variedad no parece estar incidiendo en modo alguno en la presencia del uso intensivo de *le*. Sólo en la zona central del país, donde, sabemos, se encuentra el núcleo de desarrollo e influencia fundamental del náhuatl, los datos ofrecen una diferencia significativa. Esto es, la presencia de le intensivo se multiplica hasta alcanzar casi el triple de la magnitud que ofrece el uso en las otras dos regiones consideradas.

Los datos que acabamos de presentar en el cuadro 3, descartan, entonces, cualquier posible especulación de que la población indígena en general, y no sólo la de habla náhuatl es la que ha dado soporte al uso innovador y ofrecen fuerte apoyo a la hipótesis de que el uso intensivo de *le* se originó en el contacto del español con el náhuatl.

Podemos entonces concluir este capítulo diciendo que el uso intensivo de *le* es un fenómeno reciente, que empieza a documentarse de manera aislada en el siglo XIX y que no es sino en el siglo XX que comienza a manifestarse en forma relativamente importante en lengua escrita.

Se trata, sin duda, de un fenómeno totalmente inexistente en la Península y es privativo, por tanto de la variedad americana aquí estudiada: la mexicana.

Todo parece indicar, por otra parte, que tuvo su origen en el habla popular de México, *hecho que sin duda alguna ha influido en su escasa representación en lengua escrita, y que* este uso muestra ser mucho más frecuente en ciertas regiones de México, coincidentes con las antiguas zonas de dominio de la lengua náhuatl.

En los próximos dos capítulos seguiremos analizando, desde el punto de vista del análisis cualitativo de ejemplos, la posible influencia de contacto del español con el náhuatl, en el origen del cambio que estamos analizando.

Ahí, veremos que también desde el punto de vista del análisis cualitativo existen razones de peso para creer que el uso innovador se originó, en efecto, como resultado del contacto del español con esta lengua indígena americana.

3. El origen del cambio. Las interjecciones.

Vimos en el capítulo anterior que la distribución geográfica de uso de *le* intensivo se constituye en una evidencia a favor de la hipótesis de contacto en la explicación del origen de este cambio. Como pudimos comprobar, la concentración de ejemplos en la zona central de México, correspondiente a la presencia tradicional del náhuatl, casi triplica a la que se encuentra en otras regiones del país, independientemente de la importancia del sustrato de otras lenguas indígenas. De este modo, cobra fundamental importancia la hipótesis planteada por López Austin (1989) de que el origen del cambio se origina en el contacto del español con el náhuatl y no con otras lenguas indígenas.

En este capítulo, vamos a considerar esta posibilidad desde el punto de vista del análisis cualitativo de ejemplos.

Recordemos que de acuerdo con la hipótesis planteada por López Austin, el uso de *le* que nosotros hemos elegido llamar intensivo, siguiendo a Torres Cacoullos y Hernández (1999) y T. Cacoullos 2002), es un uso incitativo, originado en el cruce de dos corrientes: por una parte, la presencia en el náhuatl de interjecciones excitativas terminadas en la sílaba *-le* (*macuele* 'alto a ello', *tlacuele* 'dando prisa a que se haga algo', etc.), y, por otra, los imperativos del español acompañados del dativo *le* (da*le*, péga*le*, etc.).

Recordemos que, según esta hipótesis, los conquistadores debieron de pronunciar enfáticamente, como corresponde, los imperativos españoles con sus sufijos verdaderamente dativos (*¡dale!, ¡pégale!*) y los hablantes indígenas debieron, por su parte, identificar ese sufijo dativo con las terminaciones de sus imperativos excitativos. Este habría sido, según la hipótesis sustratista, el origen de la nueva partícula: "un *le*

injustificable como pronombre español, incompleto como excitativo náhuatl, híbrido, con un rico carácter incitativo" (López Austin 1989:412).

Para llevar a cabo la evaluación cualitativa de las posibilidades que plantea dicha propuesta, centramos nuestra atención, en primer lugar, en los ejemplos del corpus que pudieran poseer los indicios más claros de una introducción del náhuatl, según se plantea, y son los que serán objeto de nuestro análisis en este capítulo.

Así, antes de entrar en el análisis de los múltiples verbos del español que parecen acompañarse del uso intensivo de *le,* nos concentraremos en los usos no verbales, que son, en nuestra opinión, los que mejor ofrecen evidencia de la influencia de la lengua náhuatl en el origen del cambio.

Encontramos que, en efecto, existe un uso abundante de expresiones que, sin tener como base un verbo, detentan la añadidura de un *le,* completamente inexistente fuera del corpus mexicano analizado, y que se encuentra a todas luces asociado, como veremos, con el *le* intensivo añadido a verbos.

3.1 El papel del náhuatl en las interjecciones excitativas del español mexicano.

A lo largo de esta investigación pudimos constatar que existe un uso relativamente abundante de expresiones que ofrecen un *le* de sentido muy semejante, si no idéntico, al intensivo que se asocia con verbos. Se trata de formas como *école, ésole, órale, híjole, épale, újule*, entre muchas otras de uso semejante, que analizaremos a continuación.

Este *le* añadido a formas no verbales sólo se documenta, desde luego, en nuestro corpus mexicano y todo parece indicar, como discutiremos aquí y en el siguiente capítulo,

que en él se encuentra el núcleo a partir del cual se difundió el uso intensivo de *le* en español mexicano.

Así, encontramos una llamativa unión de *le* intensivo con ciertos adverbios (ahora + *le* > *órale*) , interjecciones (eje+ *le* > *éjele*), demostrativos (eso+ *le* > *ésole*) y sustantivos (hijo+ *le* > *hijole*) que, en su conjunto, dan lugar a formas interjectivas.

López Austin (1989) ofrece como evidencia de su hipótesis la existencia en el español mexicano de gran número de estas interjecciones que llevan, en efecto, un aparentemente "innecesario" *le*, (tales como las ya mencionadas *órale, ésole, úpale, guácale, úchale*, etc.), tal y como lo hacían las interjecciones exhortativas del náhuatl (*macuele, mayecuele, tlacuele, tlayecuele*), donde el *–le* es un sufijo esencial en la formación de este tipo de interjecciones.[5]

Analizaremos a continuación las interjecciones del español que, según se propone, han adoptado el esquema morfológico del náhuatl. Comenzaremos con algunas de ellas que parecen, en efecto, ser préstamos directos de esta lengua, como es el caso de *école* y *cuele y* continuaremos con algunas otras que parecen encontrar un equivalente exacto tanto en el náhuatl como en el español. Este es el caso de *órale-áxcale*. Finalmente, terminaremos con el análisis de todas aquellas formas, que sin ser préstamos directos o poseer equivalencias exactas en las dos lenguas, siguen un patrón a todas luces semejante.

[5] Aunque en este capítulo nos daremos a la tarea de analizar el fenómeno según se manifiesta en lo que parece ser un ámbito puramente léxico, nos parece importante adelantar, que nos enfrentamos, no sólo con un grupo de entradas léxicas interjectivas con un patrón de comportamiento peculiar, sino a una morfema totalmente productivo en español mexicano, que es capaz de asociarse con una amplia gama de palabras distintas, entre ellas verbos, y que es capaz de afectar a introducciones recientes en la lengua, tales como préstamos de otras lenguas (*púchale, mapeale, deleteale, entérale, etc.*, del inglés *push, map, delette, enter*). Esto es un indicativo innegable de que estamos no frente a un fenómeno de carácter puramente léxico sino a un proceso vital y productivo del español mexicano, que está afectando su morfología.

3.2 El caso de *école* o *école cua* y *cuele*. ¿Préstamos léxicos del náhuatl?

Las formas *école, école cua* y *cuele* parecieran tener, como veremos, su origen directo en la lengua náhuatl. Esto es, se trata, al parecer, de préstamos léxicos directos, que han sufrido apenas algunos ajustes fonéticos, para adecuarse a las pautas del español.

3.2.1 El caso de *école* y de *école cua*.

École y *école cua* son interjecciones que documentamos sólo en habla espontánea (Corpus 2) y nunca en texto. Esto nos permite considerar que se trata de expresiones poco frecuentes o muy marcadas, que son evaluadas por el hablante como extremadamente coloquiales para aparecer en lengua escrita.[6]

Las dos expresiones, *école* o *école cua,* tiene un contenido altamente expresivo, con un claro sentido intensivo, que va desde la aceptación (14) hasta la celebración de una acción determinada (15)

(14) -¿Así lo quieres?
-¡*École*! (Corpus 2, habla espontánea)

(15) -Mira, Luchi, ya arreglé los libros como querías
-¡*École cua*! (Corpus 2, habla espontánea)

[6] Entre los propios hablantes de español mexicano, la forma es considerada, sin duda, como coloquial y altamente característica del español de México. El siguiente fragmento, extraído de *La Jornada*, así nos lo permite suponer:
¡Qué gustazo, Fernando -contestó al presidente de Argentina, y salpicó la comunicación con *école* y *órale* (Hablando de la conversación del presidente Fox con el presidente de Argentina) (Corpus 2: *La Jornada*)

Por otra parte, los hablantes de español mexicano que interrogamos al respecto de esta forma sienten que pertenecen a la misma clase de expresiones del tipo, *ésole*, *órale*, *híjole*, *etc*, lo que les asigna el mismo derecho de membresía al conjunto de interjecciones que estaremos analizando en este capítulo.

Puede decirse que tanto el significado de *école* como el de *école cua* es equivalente a 'sí, así está bien' 'muy bien' 'bien hecho', significado muy semejante también al el uso de *–le* asociado al verbo *andar* en ¡*ándale*! que se analizará en el capítulo siguiente. Con la insistencia en estos hechos queremos hacer hincapié en la pertenencia de estas dos interjecciones al fenómeno general de *le* intensivo, no obstante el origen claramente náhuatl de estas dos formas, según argumentaremos.

École o *école cua* suele decírseles a los niños, aunque también a los adultos, cuando han hecho bien algo que les ha costado bastante esfuerzo, para animarlos y celebrar su acción, con lo que tiene también un alto contenido afectivo. Los ejemplos de (16) ilustran este uso.

(16) --¿qué te parece este diseño?
-¡école cua! (Corpus 2, habla espontánea)

--¡école, exactamente así lo quería! (una mujer a una costurera, hablando sobre un vestido) (Corpus 2, habla espontánea)

--Mira papá, ¿así esta bien?
-¡école, école cua! (Corpus 2, habla espontánea)

--¡École cua! Ya acabé (niño, al poner la última pieza de un castillo armable) (Corpus 2, habla espontánea)

Buscando los posibles orígenes de esta expresión, encontramos que en náhuatl existe la frase *ece ye qualli* que significa 'esto es mejor', 'esto es muy bueno' (Simeón,

1977, entrada. *ece*). La semejanza fonética y semántica de esta expresión náhuatl con *école cua* es tan grande que no puede pasar inadvertida.

La forma documentada en español moderno *école cua* podría muy fácilmente, en efecto, ser una derivación de la forma náhuatl, resultante de un proceso completamente natural de adaptación fonética.[7]

La forma *ece ye qualli* del náhuatl está compuesta, por otra parte, de la conjunción *ece* 'sin embargo, no obstante' (Simeón, entrada *ece*), del adverbio *ye* 'ya' 'así', 'en este instante'que forma parte de las interjecciones excitativas del náhuatl y puede formar además de la expresión *ece ye qualli*, la otra de *ye inic qualli* ¡Qué bueno es! ¡qué buena cosa! (Simeón, entrada *ye*) y, finalmente del adjetivo qualli 'bueno' y que, a su vez, puede formar con *ye* otras expresiones como *ye qualli* 'está bien' *oc ye qualli* 'mejor' *cenca qualli* 'muy bien', 'excelente', de significado afín, como puede verse, a *ece ye qualli*.[8]

3.2.2 El caso de *cuele*.

Obsérvese en los ejemplos de (17) que la forma *cuele* tiene la apariencia de un verbo en español. Así lo identifica Ramos I Duarte: "¡*Cuelen*! (Chih.), v. Anden, caminen".

---

[7] Esto es, como resultante de un proceso fonético, según el cual la palatal africada sonora [y] de *ye* se debilitó, perdiendo su rasgo oclusivo y palatal, para convertirse en un sonido fricativo lateral [l]: *ye* > *le*. La segunda vocal anterior media de *ece* pudo muy bien haberse velarizado para dar *eco*, como parte de un proceso de disimilación de la *e* de *-le*: *ece ye* > *ece le* > *eco le*. Finalmente, la forma *qualli*, pudo muy bien haberse apocopado en *qua*, ante la inexistencia en español colonial de la lateral palatal representada mediante la grafía <ll> de la palabra náhuatl.

Todo este proceso podría resumirse así: *ece ye qualli* > *ece le cualli* > *ece le cua* > *eco le cua*. Este proceso sería perfectamente normal desde el punto de vista de la dinámica del cambio fonético y no ofrece problema de análisis alguno.

[8] En la bibliografía, hemos encontrado, también, como una posible explicación al origen de la expresión *école cua* las sugerencia de que se trata de un préstamo léxico del italiano *ecco le qua* 'helas aquí' (Gómez de Silva, 2001, entrada. *ecole cua*). El parecido fonético de la forma italiana con la usual en el español de México es, sin duda innegable, por lo que no se descarta la posibilidad de que se trate de un préstamo de esta lengua y no del náhuatl. Sin embargo, la semejanza semántica con el resto de las interjecciones que aquí analizaremos nos invita a considerar que esta expresión forma parte del paradigma que estamos estudiando.

(1895:149 entrada *cuelen*); Francisco Santamaría, por el contrario, le encuentra dos formas interjectivas: "*¡Cuela!* Interjección popular, por ¡vete!, ¡largo de aquí, etc." y "*¡Cuele!* Interjección usada entre el pueblo, para expresar la idea de escapar entre una multitud por en medio de otras personas". (1959:328 entrada *cuele*). Explica también, que la forma más usual es ¡*cuele!* aunque se dirija a quien se hable de tú; y que por la apariencia de verbo que tiene se le oye con un *–le incentivo*: *¡cuélele!*. Por lo tanto, él considera que procede directamente de la formación náhuatl *cuel –ye* o *cue –le* (López Austin, 1989, 409).

(17) -¡*Ándele cuélele*! (dirigiéndose a un perro, para correrlo)
(Corpus 2, habla espontánea)

-¡*Cuélele* por las tortillas! (a un niño que mandan a comprar tortillas
(Corpus 2, habla espontánea)

-¡*Cuélele, cuélele*! (a un niño que van a llevar a la escuela, para que se dé prisa) (Corpus 2, habla espontánea)

-¡Al carajo, *cuélele* de aquí! (echando a un perro a la calle)
(Corpus 2, habla espontánea)

Se trata, según este último autor, de la unión del adverbio acelerador *cuel*, que "denota más presteza y brevedad de la que se pretendía" (Carochi, 1606, p. 107v *apud* López Austin, 1989)), y el adverbio actualizador *ye* 'ya', 'en este instante'. Las dos formas juntas, *cuel* y *ye*, significan separadas lo mismo, pero el compuesto resultante de unirlas "añade brevedad y presteza". Es decir *ye* y *cuel* refuerzan mutuamente su significado. Así, *cuel ye* o *ye cuel ye* indican más solicitud, más energía, que *ye* sólo (Simeon, [1885] 1999, entrada *ye*).

Recuérdese que, según vimos en el capítulo 1, las dos formas, *ye* y *cuel*, son constituyentes de las interjecciones excitativas del náhuatl y de acuerdo con la hipótesis

sustratista, son la existencia de estas interjecciones exitativas nahuas, la semejanza de su última sílaba con el dativo español, así como el reanálisis de este dativo en formas imperativas, lo que ha dado origen al uso intensivo de *le* que estamos analizando.

Tenemos pues, en español moderno, un uso abundante de estas interjecciones, cuya filiación náhuatl resulta más clara si se considera que las formas *mayecueleh* 'a ello' , y *tlayecuele* 'alto a ello' las contienen.

Antes de pasar a nuestro siguiente apartado, en el que discutiremos las formas ya plenamente españolas a las que se añade el intensivo *le*, queremos ilustrar la forma en que las interjecciones del náhuatl de las que hemos venido hablando, llegan a documentarse en lengua escrita. El ejemplo (18) procedente de *El Periquillo Sarniento*, nos da idea de la forma en que se expresaba el pueblo mexicano en el siglo XIX, cuando trataba de incentivar la realización o la suspensión de una acción.

(18) ...hice al aprendiz trajera la bacía con el agua caliente, asenté las navajas y le di una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: --¡*Amoquale*, quistiano, *amoquale*! (*Periquillo*, 224)

3.3. Formas equivalentes en náhuatl y español. El caso de *órale.*

De acuerdo con López Austin (1989:412), la expresión *órale* es una derivación del adverbio *ahora* más la unión de *–le* intensivo, que tiene su forma correlativa en náhuatl, pues en esta lengua el adverbio que significa 'ahora' proviene: "Del azt. "*axcan*" ahora, adv. MOLINA"; " adv. Ahora; está bien; así." (Santamaría [1959] 1978:100), se une también a la forma *-le*, propia de las interjecciones de esta lengua, dando como resultado *áxcale*: "Dícese también *áxcale* o *áscale*. Usado vulgarmente" (Santamaría [1959] 1978:100 entrada *axcan*) que tiene un sentido muy semejante al español *órale*.

Así, pues, en las dos lenguas (náhuatl y español) existe un proceso de derivación por el que una forma adverbial, se une al sufijo *–le* y da como resultado una interjección de significado muy semejante. De este modo, el mexicano *órale* y el náhuatl *áxcale*, pueden considerarse formal y semánticamente equivalentes.

La forma *áxcale* (*áscale, áchcale*) parece haber estado muy presente en el habla popular de los mestizos en el siglo XIX y haber gozado de muy mala reputación entre los hablantes más cultos de la lengua. Así, la forma se atribuye a un uso que es propio de "indios y gente grosera" (Robelo 1904:476), y se califica explícitamente como una exclamación vulgar; (Cabrera, 1984, entrada *axca*) o aparece retratada en los cuadros de época como representativa del habla de sirvientes en las casas señoriales de la ciudad de México (García Cubas, 1904:198)

Los fragmentos en (19) y (20) ilustran el uso de esta forma procedente del náhuatl.

(19) ¡ah! ¡Ya endeveras! -- prorrumpe una de las nonas llena de admiración-- ¡*Áxcale*! –grita enfáticamente la galopina
(Corpus 2, García Cubas, 1904:198)

(20) --Entonces, ya sé lo que quiere v.
Vayan unas décimas.
--¿De amor?
-- Precisamente.
-- A ver, impóngame en ellas.
-- Escuche usted:
Yngrato [...]
--Tampoco: eso ya pasó y ni se platica
--Pues paciencia, y oiga V. Otras:
¡Dos flores bellas tenía
Un amante cuitlacoche
Y así de las dos decía:
Una es mi güele-de-día,
Y otra es mi apesta-de-noche!
--¡*Áxcale*!, me ha dao usté en la mera matadura!
(Mexicanos, 258)

Ha sido señalado en la bibliografía (Cabrera, 1984, entrada *axca*) que *áxcale* es una exclamación que puede servir para llamar la atención de alguien, denotar sorpresa, aceptación de un hecho, conformidad con él, aprobación del mismo o simple constatación de que está ocurriendo o está a punto de ocurrir. En los ejemplos que nos ha sido posible documentar resulta evidente al menos el matiz de sorpresa.

Como veremos a continuación, la forma náhuatl *áxcale* se asemeja profundamente, no solo al uso de la forma equivalente *órale* del español mexicano, sino a la forma *ándale* que involucra no ya un adverbio, sino un verbo.

A continuación, en (21) y (22), ofrecemos ejemplos de *órale* extraídos de nuestro corpus, que nos permitirán comparar su uso con el de *áxcale*. Obsérvese que en (21) el sentido de *órale* corresponde también a los señalados para *áxcale*. Se trata de una exclamación que puede servir para llamar la atención (a), o denotar sorpresa (b), aceptación o conformidad con un hecho (c) aprobación de un hecho (d) o simple constatación o afirmación de que está ocurriendo (e).

(21) (a) -cada vez que interrogo a uno o que alguien
responde repiten lo mismo:
"*Órale*, no seas mamón" y el aludido responde:
"No me digas mamón
que te rompo la madre". (Crónicas, 263)

-"*Órale, órale*, si no compra no mallugue."
(*Corpus* 2, habla espontánca)

(b) -¡*Órale* con su moño! (una mujer adulta elogiando
el moño de una niña, tratando de adularla)
(*Corpus* 2, habla espontánea)

-¡Tan bonito es que llegue uno, y -*¡órale!*- ya *sté*
un...! No, no que *sté* el plato servido. (HPCM, 287)

(c) -Qué sean diez ¿no?
-¡*órale* pues! (está bien) (*Corpus* 2, habla espontánea)

-Hoy yo te ayudo y mañana tú, ¿no?
-¡*Órale*, va! (bueno, acepto) (*Corpus* 2, habla espontánea)

-¿Por qué no dejas que se de un entre con esos perros?
-¡*Órale*! (*Corpus* 2, película "Amores perros")

(d) Por irse a comprar un miserable litro de pulque.
¿Qué les cuesta con esperarse un tantito? Saliendo,
y *¡órale*!. Pero no: luego se nota que el vicio es más. .
(HPCM, 242)

(e) -y, ¡pas!, me avientan un pinche litro. Y...y...y "*órale*".
(HPCM, 463)

Conductora de tv española:
-¿Te sientes muy bien con tu acento mexicano?
Thalia (cantante): -¡*órale*! [afirmación] (Programa español "Sabor a ti" de Antena Tres).(Corpus 2, televisión)

Pero también hay un uso de *órale* que se aleja de los valores simplemente exclamativos y adopta un matiz exhortativo, de invitación a la acción o excitativo (levantar el ánimo de alguien, animar a alguien).

La presencia de estos matices hacen de *órale* una forma del todo semejante a las interjecciones excitativas del náhuatl terminadas en la sílaba *le* del tipo *macuele* o *mayecuele* '¡a ello!, ¡vamos!, *tlacuele* o *tlayecuele* 'dando prisa a que se haga algo' y, aunque la presencia de estos matices no se documenta en la bibliografía para la forma *áxcale*, es altamente probable que los tenga.

Los ejemplos en (22) ilustran el uso exhortativo y el excitativo de *órale*.

(22) --"*¡Órale:* vamos a poner la estufa!" (HPCM, 287)

-A la cancha... *órale*, *órale* (*Corpus* 2, habla espontánea)

Uno de los trabajadores iba a la pulquería, traía el pulque todo junto, y a cada co... acabando de comer, a cada obrero le daba su litro. Se lo tomaban, ¡y *órale*!; ¡A trabajar! (HPCM, 442)

--¡ay, mira nomás de cuales cervezas trajo este menso!: "Victoria",
¿No le hace? Es igual ¿verdad?
- Sí, Es igual. Es igual.
-Pus *órale*, don Fernando. (HPCM, 447)

Antes de pasar al análisis del resto de las interjecciones del español que parecen pertenecer a la misma parcela, con la asociación del sufijo excitativo *le*, es preciso concluir este apartado diciendo que la existencia de formas como las que acabamos de analizar en los dos apartados anteriores, son altamente sugerentes de la influencia del náhuatl en el uso intensivo de *le*.

Como hemos visto, algunas de estas formas son préstamos directos del náhuatl, con apenas algunas modificaciones fonéticas que las hacen más acordes con las pautas del español, mientras que otras son traducciones directas o equivalencias de formas nahuas.

3.4. Interjecciones del español que manifiestan semejanza con las nahuas.

El español mexicano cuenta con una larga serie de interjecciones que parecen pertenecer a la misma parcela que estamos analizando, esto es, parecen estar asociadas con el uso intensivo de *le* de las interjecciones claramente nahuas que hemos estudiado. Ya hemos dicho que estas interjecciones pueden tener como base un adverbio, como es el caso de *órale*, o un sustantivo, como el caso de *híjole*, o un demostrativo, como es el caso de *ésole*, de tal modo que la clase de palabra a la que se asocia ese sufijo intensivo no parece ser una limitante. Sin embargo, para facilitar el análisis de las que estudiaremos a continuación, consideraremos la clase de palabra a la que se une *le* intensivo, es decir, la clase de palabra base.

Enseguida presentaremos y haremos un somero análisis de las que hemos documentado, algunas de las cuales pudieran ser todavía sospechosas de proceder directamente del náhuatl, sin que hayamos encontrado evidencia de peso para poder confirmarlo.

En este caso se encuentran *épale* probablemente procedente del azteca *épaile* (o *epalle*) 'hola' (Ramos Duarte apud Román, 1901-1918: Vol. 2, 270 entrada *¡Epa! ¡épale!*), o *ápale* (Pr. Guerr.), Interj.. ¡cuidado!, ¡oiga!, ¡bravo!, ¡bueno!; *áscale* (Méj.), interj.: así es, es verdad o *¡ásquele!* (Mich.), Interj.. ¡Hola!, que podrían ser una alteración de *áxcale* (Ramos Duarte, 1895, entradas *ápale*, *áscale*, *ásquele*).

3.4.1. El *le* intensivo unido a interjecciones.

Documentamos una serie de interjecciones que parecen tener como base otra interjección, algunas de las cuales parecen tener carácter onomatopéyico. Listamos a continuación estas interjecciones, con su significado y algunos ejemplos.

Éjele. Indica duda de la veracidad de una aserción, pero también es una burla abierta de lo que alguien dice, hace o le sucede. Ejemplos:

(23) --¡*éjele*! ¿a poco te vas a levantar temprano?
(Corpus 2: habla espontánea)

--¡*éjele*! A mi me dieron más dulces (niña a su hermana)
(Corpus 2: habla espontánea)

--¡*éjele*! Pensaste que se me iba a olvidar
(joven pidiéndole al padre que cumpla una promesa)
(Corpus 2: habla espontánea)

Épale. Es una forma de interpelar a alguien o llamar su atención, también significa 'cuidado', 'ya basta'. Ejemplos:

(24) --¡*épale*! ¿qué está sucediendo aquí? (Corpus 2: habla espontánea)

--¡*Épale*! ¡no chiquititos! hay que terminar la tarea (Corpus 2: habla espontánea)

--El grillo gritó: ¡*épale*!, ¿por qué me pisas? (Corpus 2: *La Jornada*)

--¡*Épale, épale*! Llévate a tu perro (Corpus 2: película)

--Y *épale*! Ya sé nos andaba cayendo (Corpus 2: radio)

Ájale. Indica sorpresa matizada con duda sobre un hecho o afirmación.

(25) --¿Es el diferencial?
-No, es la caja
-¡*Ájale*! (Corpus 2: habla espontánea)

--Dice Rafa que el bufet te cuesta $90.00
-*ájale*!
-¡No, pero es barato! (Corpus 2: habla espontánea)

--Pinche chamaco, se resbala y ¡*ájale*!
(Corpus 2: habla espontánea)

Újule. Indica contrariedad ocasionada por un hecho no del todo previsto.

(26) --¡*újule*! ¡Qué difícil es usted! No se puede hacer ningún trato
(Corpus 2: habla espontánea)

--¡*újule* Don Manuel! ¡ya se le acabó el cemento!
(Corpus 2: habla espontánea)

--¡*újule*! ¿Qué crees? No voy a poder ir, es que es el cumpleaños de mi tía. (Corpus 2: habla espontánea)

Úchale. Es una queja que indica disgusto o inconformidad con un hecho.

(27) --¡*úchale*! y yo que pensé que me iba a alcanzar hasta para dos tortas (comprobando que trae poco dinero)
(Corpus 2: habla espontánea)

--¡*úchale*! No, ya me ganaste! (en medio de un juego de dominó)
(Corpus 2: habla espontánea)

Úpale. Expresión que celebra, incentiva y acompaña un esfuerzo físico que implica subir cuando quien sube tiene dificultades para hacerlo. También acompaña el movimiento de un niño que es lanzado cariñosamente al aire por un adulto.

(28) --A ver papá, un escaloncito más... ¡*úpale*!
(hija ayudando a su padre anciano a subir una escalera)
(Corpus 2, habla espontánea)

--¡*úpale*! ¡*úpale*! ¡*úpale*! (padre lanzando al aire a su hijito una y otra vez, en medio de un juego (Corpus 2: habla espontánea)

¡Huáchale y Huácale (guácale). Expresa asco e incentiva a alguien a desaparecer el estímulo que lo provoca.

(29) -¡*huáchale*! Eso se ve bien asqueroso (Corpus 2, habla espontánea)

-¡*huáchale*! No, no me gusta (negándose a probar algo que le ofrecen en la boca) (Corpus 2, habla espontánea)

-¡g*uácale*! ¡No te me acerques, hueles rete feo!
(Corpus 2, habla espontánea)

3.4.2. El *le* intensivo unido a sustantivos.

Documentamos dos casos de uso de *le* intensivo unido a sustantivos. Se trata de los sustantivos *hijo>jijo* y *puta >futa > uta.*

Hijole, jíjole. Expresa sorpresa, preocupación o desilusión.

(30) --¡*Hijole*!, comentó otro pasajero del metro, a este carnal ya se lo llevó la tiznada! (Lo que fue, 16)

--¡*Híjole*!, ¡estos palos vienen llenos de animales, hasta siente uno refeo agarrarlos!. (Burrón, 277, 13)

--¡*Jíjoles*! No les va a gustar nadita (un hombre hablando de una situación que les va a molestar mucho a sus suegros)
(Corpus 2, habla espontánea)

Pútale, fútale, útale. Expresa sorpresa extrema o desagrado por algo que ocurrió.

(31) --*Pútale* mano, tu sí que no te mides, mira nomás
todo el aceite que le falta. (midiéndole el aceite a un coche)
(Corpus 2, habla espontánea)

--¡*útale*!, ¡un chorro! Entonces sí te redituó (hablando de negocios y dinero) (Corpus 2, habla espontánea)

--¡*fútale*! No, ni me lo enseñes (hablando de un libro que cayó accidentalmente en un charco) (Corpus 2, habla espontánea)

3.4.3. El *le* intensivo unido a demostrativos.

Ésole. Expresa aprobación y celebra e incentiva a alguien a seguir realizando una acción, y resulta de la unión de *eso* + *le*.

(32) --¡*ésole*! ¡Así está bien, te está quedando muy bonito!
(Corpus 2, habla espontánea)

--¡*ésole*! Don Manuel,
¡Ahora sí me gusta!
(Corpus 2, habla espontánea)

--¡No tan rápido!... Mira aquí te falta... ¡*ésole*! Ahora sí ya quedó bien.
(Corpus 2, habla espontánea)

3.4.4. El *le* intensivo unido a otras formas.

Finalmente, documentamos otras formas interjectivas que son la síntesis de expresiones más complejas y a las que también se añade el *le* intensivo. Tenemos, por una parte, la forma oracional *¿qué hubo?*, que se reduce frecuentemente a *¿quihubo?* y, en contextos más familiares o agresivos termina siendo *¿quihúbole?*. Por otra parte, documentamos la expresión *no le aunque*, en la que creemos que aparece también el uso intensivo de *le*, aunque, ciertamente, nos parece el más dudoso de los casos.

Quihúbole. Es una forma de saludo, aunque aparece en contextos de mucha familiaridad o como llamado de atención en momentos de confrontación con el otro.

(33) --¡*Quihúbole* Toño! (HPCM, 277)

--¡*Quihúbole*, cabrón!, ¡no me quieras ver la cara de pendejo! (Corpus 2, habla espontánea)

--¡*Quihúbole, quihúbole*! No, sálganse a pelearse allá fuera (Corpus 2, habla espontánea)

--¡*Quihúbole, quihúbole*! No me importa que sea ratero, yo lo conozco de muchos años (HPCM, 456)

No le aunque. Significa que algo no importa. No obstante las contrariedades, el hablante se confirma en su deseo o incentiva al oyente a realizar una.

(34) --*no le aunque* que me reprueben yo voy a faltar la semana (Corpus 2, habla espontánea)

--¡*no le aunque*! ¡Échate otra copa, compadre! (el compadre se niega a seguir bebiendo, aduciendo que lo regaña su mujer) (Corpus 2, habla espontánea)

En este capítulo llevamos a cabo la evaluación cualitativa de las posibilidades que plantea la propuesta de que el uso intensivo de *le* se habría originado en medio del contacto del español con el náhuatl.

Nos concentramos aquí, en los usos no verbales, que son, según creemos, una evidencia importante de la posible influencia de la lengua náhuatl en el origen del cambio.

Mostramos que existe un uso abundante de expresiones que, sin tener como base un verbo, detentan la añadidura de un *le*. También señalamos que todos estos ejemplos se

concentran en la porción del corpus correspondiente al español mexicano y que no documentamos un uso semejante fuera de esta variedad.

Pudimos ver que la base sobre la que se añade este *le* intensivo es variable y puede afectar a diferentes clases de palabras: interjecciones, sustantivos, demostrativos, adverbios e, incluso, frases y expresiones complejas.

El análisis de ejemplos ofrecido en este capítulo, nos permitió llegar a la conclusión de que el náhuatl, es responsable, en efecto, de la existencia de ciertas interjecciones en el español mexicano que remiten a un uso intensivo de *le*.

Todo parece indicar que algunas de estas interjecciones son una especie de calco en español de las formas existentes en náhuatl. Tal es el caso de la forma *órale*, que tiene su correlato náhuatl en *áxcale*, de *cuélele* que tiene el suyo en *cuele* y probablemente es el caso también de la forma *école cua*, que parece tener su origen en *ece ye cualli*.

Otras interjecciones, menos directamente asociadas con el náhuatl, como *ésole, úchale, quihúbole, etc.* ofrecen, sin embargo, el mismo comportamiento formal y semántico-pragmático, con lo que no nos deja la menor duda que pertenecen todos al mismo fenómeno.

En el siguiente capítulo analizaremos la forma en que este *le* intensivo, cuyo uso parece haberse introducido, en principio, a través de formas no verbales, se ha extendido, al parecer después, sobre ciertas formas verbales del español mexicano.

4. El *le* intensivo y sus usos verbales.

En el capítulo anterior vimos el modo en que el *le* intensivo se manifiesta en usos no verbales del español. Mostramos allá evidencia que apoya la hipótesis sustratista en torno a la influencia del náhuatl en el origen y expansión de esta forma, en relación con una serie de interjecciones características, según pudimos ver, del español de México.

En este capítulo, analizaremos el uso intensivo de *le* en relación con formas verbales del español. Intentaremos contestar a la pregunta obligada inmediata que es la de cómo se hizo posible que este uso se expandiera, desde unos cuantos contextos interjectivos, generalmente resultado de adaptaciones fonéticas y traducciones de formas nahuas, hasta convertirse en un morfema productivo, que ha logrado afectar a muchos verbos del español.

Propondremos aquí una hipótesis en torno al camino de expansión seguido por el uso intensivo de *le*, desde las formas interjectivas que analizamos en el capítulo anterior hasta su manifestación productiva con verbos, y sustentaremos nuestra propuesta con el análisis de ejemplos. La hipótesis que propondremos, recoge parcialmente las propuestas antecedentes, matizándolas de acuerdo con el comportamiento del fenómeno, según lo documentamos en nuestro corpus.

4.1. La hipótesis.

Hipótesis: el cambio representado por el uso intensivo de *le* se extiende, desde un conjunto limitado de interjecciones, hasta el sistema verbal del español y se convierte ahí en un morfema productivo. Su posibilidad de aparición y difusión con verbos es producto de un

proceso de reanálisis de la función del dativo, cuando los verbos del español se encuentran en forma imperativa y pueden añadir un dativo no prototípico.

Hemos hablado reiteradamente de la propuesta sustratista de López Austin (1989) en la que se sostiene que el origen del uso intensivo de *le* en relación con verbos españoles pudo haber tenido su origen en el cruce de las interjecciones excitativas nahuas como *macuele, tlacuele, tlayecuele,* etc. y los sufijos pronominales del español. Repetiremos aquí la cita de un pequeño fragmento de su trabajo, en el que resulta muy clara su concepción en torno a la forma en que los verbos del español pudieron haber adoptado esta forma. Así, dice a la letra:

> "Los españoles debieron de pronunciar enfáticamente los imperativos con verdaderos sufijos pronominales (¡*dale*!, ¡*pégale*!) en su trato con la población indígena: los indígenas, por su parte, debieron de identificar este sufijo con las terminaciones de sus imperativos excitativos, y se formó así una nueva partícula: un *–le* injustificable como pronombre español, incompleto como excitativo náhuatl, híbrido, con un rico carácter incitativo, unido a verbos al cumplimiento de cuya acción incitaba. Como partícula tan útil, fue profusa, y lo es, pese a los ataques de los puristas que lo confunden con un absurdo sufijo dativo. Su función, sin embargo, es otra: la incitativa." López Austin (1989, 412)

Como hemos dicho y seguiremos viendo a continuación, nuestros datos apoyan esta propuesta. Todo parece indicar que la introducción del incitativo náhuatl *le* se introdujo en español en la forma imperativa de ciertos verbos. Sin embargo, como veremos, estos verbos no parecen haber sido del tipo *dale* y *pégale*, que ilustran la propuesta de López Austin, sino verbos que pueden acompañarse de un dativo no prototípico.

Así, las primeras documentaciones que observamos en nuestro corpus del uso intensivo de *le*, en donde ya es posible corroborar la existencia de un uso distinto al del

español canónico, corresponden mayoritariamente al verbo *andar* en su forma imperativa *ándale*.

También se documentan de estos inicios algunos otros verbos que aparecen con menor frecuencia, pero lo hacen casi siempre, también, en su forma imperativa. Estos otros verbos son *éntrale, móntele, córrele, búygale [apúrele], júrtale [húrtale].*

Nos parece importante adelantar aquí que una característica compartida por todos estos verbos, y, de hecho, por la gran mayoría de los verbos con los que *le* intensivo puede aparecer desde el siglo XIX, es que en ciertos contextos pueden anexar un dativo, que de ningún modo puede considerarse un dativo prototípico.

Antes de entrar de lleno en la discusión de este aspecto en particular, permítasenos hablar, en términos muy generales, de las primeras documentaciones que tenemos del uso con verbos de *le* intensivo. Esto con el fin de anotar algunos aspectos relevantes de su comportamiento que nos permitirán conectar los usos intensivos de *le* con interjecciones y con verbos.

4.1.1. El uso intensivo de *le* con verbos y su identidad con el asociado a interjecciones.

Ya hemos visto en el capítulo anterior, que las interjecciones que añaden en español un *le* identificado como intensivo, ofrecen evidencia suficiente para considerar en su origen la influencia de las interjecciones exhortativas del náhuatl. Ahora bien, si logramos demostrar que ese *le* de las interjecciones del español se encuentra asociado con el *le* añadido a verbos, estaremos en condiciones de afirmar que el *le* intensivo asociado a verbos pudo haber tenido también su origen en la influencia del náhuatl.

Encontramos que algunos de los verbos con los que primero se documenta el uso intensivo de *le*, constituyen una especie de continuo. En uno de los extremos de este continuo encontramos un uso plenamente verbal de la forma y en el otro extremo, un uso más cercano al de una interjección que al de un verbo.

La existencia de este continuo, que conecta, como veremos, los usos verbales con los usos interjectivos que analizamos en el capítulo anterior, es un apoyo, en nuestra opinión, a la hipótesis de sustrato.

Existe cuando menos un verbo, *andar*, que ofrece un comportamiento que nos permite conectar claramente los usos verbales de *le* con los interjectivos que hemos visto en el capítulo anterior. A manera de ilustración, ofrecemos los ejemplos de (35) a (36), que pertenecen a las primeras documentaciones de usos verbales en nuestro corpus. Obsérvese que en (35 a y b) *andar* mantiene su sentido básico de ponerse un ser animado en movimiento utilizando los pies. En cambio en (35c), sólo se mantiene la idea de movimiento, sin especificación de que ese movimiento se realizará mediante la propulsión de los pies. La especificación del tipo de movimiento a realizar está dado en el verbo siguiente *jurtar*, que indica que lo que se solicita del sujeto es un movimiento lateral con la cintura (que normalmente no involucra los pies) para evitar ser embestido por el toro. La función de *andar*, tiene aquí un carácter claramente excitativo o incitativo.

En (35d) el verbo ha dejado completamente de lado la idea de movimiento, que ha cedido su lugar a un sentido que podría calificarse sin problemas de interjectivo[9]. Así, este

[9] Creemos que el uso de *ándale* en este tipo de contextos, por lo demás muy frecuentes en el español actual, se pueden considerar como interjecciones si se considera que, por interjección se entiende aquella palabra con la cual expresamos "repentina e impensadamente, por lo general, la impresión que causa en nuestro ánimo lo que vemos, oímos, sentimos, recordamos, queremos o deseamos (Seco, 1969: 117).

uso podría parafrasearse mediante una interjección: "*epa/épale*, que yo como de mi trabajo".

De este modo, podemos, pues, observar la existencia del continuo del que hemos hablado, que va desde un uso claramente verbal de *andar*, donde el movimiento que se espera del sujeto se realizará mediante el uso de los pies, hasta un uso donde *andar* ha perdido todo valor verbal para dar sitio a un uso semejante al de una interjección.[10]

(35) (a) -*ándale* hombre, no te quedes hecho un bruto
(Mexicanos, 201)

(b) - ¡Fuera esa muger!
-Vamos, señora: salga usté. *Ándele*, vamos.
-¡Oh, suelte! No necesito muletas para
andar... yo sola sé irme por mi pie penco
(Mexicanos, 97)

(c) -¡Épa, háganse a un lao! Dejen solo al
muchacho. *Ándale*, Pancho, *júrtale*, la
vuelta [a un toro], no seas penco (Mexicanos, 200)
-¡Déjese de eso! Ya sabe que yo no robo al
prójimo... *Ándele*, que yo como de mi
trabajo...
(Mexicanos, 16)

Ahora bien, aunque hemos ofrecido evidencia en torno a la existencia de un continuo que conecta los usos plenamente verbales con los interjectivos, no hemos ofrecido sustento alguno a la afirmación de que este *le* unido a verbos que estamos analizando es un *le* intensivo y no un *le* dativo, común y corriente.

[10] Creemos que un proceso semejante han sufrido los verbos rajar, zumbar, sacar, tomar y chingar, que además de ofrecer ejemplos de uso de *le* intensivo con su sentido básico verbal, presentan frecuentemente también un uso interjectivo.

Consideramos que lo único a lo que podemos apelar para demostrar que los usos de *le* que estamos ilustrando no corresponden a un uso canónico; es hacer evidente la irrecuperabilidad de un referente de la forma en los contextos concretos de aparición. Es decir, puesto que la forma de dativo *le* en español es una forma pronominal, es siempre posible recuperar en el contexto a su referente. Esto, desde luego, se parece en algún sentido a lo propuesto por Torres Cacoullos y Hernández (1999:86), cuando hablan de la despronominalización del dativo *le*. Sin embargo, aunque es claro que la forma intensiva *le* no se comporta como un pronombre en la mayoría de los contextos, en otros sí es posible recuperar un referente. Por esta razón creemos que no es que la forma de dativo *le* haya sufrido un proceso de despronominalización, sino que, por el contrario, nos enfrentamos a una pronominalización paulatina de una forma no pronominal procedente del náhuatl.

Aunque reservaremos la discusión de lo anterior para más adelante, queremos ofrecer aquí algunos ejemplos de nuestro corpus que ilustran la existencia de un *le* para el que es casi imposible imaginar siquiera un referente. Y que este *le* se identifica, desde luego, como *le* intensivo.

Los ejemplos corresponden nuevamente a las primeras documentaciones del corpus en las que es posible reconocer claramente el uso intensivo de *le*.

Obsérvese que en (36) el sufijo *–le* no tiene referencia posible a una entidad interpretable como un dativo canónico del español.

En este ejemplo, el verbo *correr* se encuentra usado en uno de sus sentidos básicos. De acuerdo con ese sentido, una entidad humana se pone en movimiento mediante la fuerza motriz de las piernas. Este verbo podría añadir un dativo para incorporar en la escena a una entidad beneficiaria: "*le* corrió al entrenador todos los kilómetros que éste le demandaba".

También podría añadir, no sin ciertas dificultades, un dativo de carácter locativo: "*le* había corrido apenas diez metros a la pista, cuando se salió del tercer carril" (Corpus 2, habla espontánea). Por otra parte, no sería demasiado extraña la anexión de un dativo locativo desde el que el dativo se desplaza "*le* corrió a Juan, porque *le* tenía miedo.

Aunque, como hemos visto, el verbo *correr* puede introducir un participante en la escena mediante la utilización de un dativo, en ninguno de los ejemplos que ofrecemos en (36) es posible reconstruir una referencia para *le*. La aparición de esta forma es inconcebible como pronombre dativo. Obsérvese que no hay manera de imaginar a qué tipo de entidad, concreta o abstracta, "se le corre". En estos ejemplos se encuentra focalizada la acción y lo que parece estar añadiendo claramente el sufijo *-le* es simplemente un matiz exhortativo que añade intensidad al imperativo. Podría alegarse que en (36a) el *–le* se refiere al becerro y que el becerro es la entidad a la cual el sujeto "le corre" (huye de ella), pero de ser así no tendrían ningún sentido entonces las peticiones: "y *hazle* rejuego, sácale la ley" (y azuza al becerro y sácale el carácter). No se huye de un becerro y al mismo tiempo se le azuza para que entre en la lid. La única interpretación posible de este ejemplo es que el sufijo *–le* no está funcionando como un pronombre sino como una partícula intensiva, de exhortación a la acción.

(36) (a) --¡*Búygale*, siñor padre: el maldito becerro
ya se dio!
--¡Pos có*rrele*, hombre, y hazle rejuego.
Sácale la ley! (Mexicanos, 204)

(b) ¡están guerreando, tío Alejo!
-grita don Ramón
¡Y ahí está mijo!...¡vamos!, *¡córrale!*
(Guerra, 88)

En (36b), por su parte, podría aducirse que el referente de *le* podría ser el hijo del tío Alejo, y que el hablante (el mismo tío Alejo) está invitando a don Ramón a huir de él. Si así fuera, entonces no tendría sentido el "vamos" inmediatamente anterior en el contexto. No se puede invitar a nadie a huir de alguien y al mismo tiempo a ir hacia él. Nuevamente, la única interpretación posible del es que el sufijo *–le* tiene no una función pronominal, sino solamente intensiva.

Ahora bien, es frecuente que el verbo *correr* obscurezca también su sentido básico de ponerse alguien en movimiento usando las piernas como medio de propulsión para significar simplemente movimiento apresurado (37). En estos casos la posibilidad de encontrar un referente de *le* se nulifica completamente. Es entonces quizá, que resulta más clara que nunca la función intensificadora de *le*. La forma total, constituida por el verbo y el intensificador *le*, dan cuerpo a una exhortación para realizar una acción, que en el contexto, sabemos, es la de acomodarse. Así, *córrele*, en este ejemplo, sólo puede parafrasearse por "date prisa para acomodarte".

(37) *córrele* mujer, ora hay modo de que te acomodes
(Guerra, 108).

La imposibilidad de recuperar al referente de *le* es común a gran parte de los ejemplos documentados en nuestro corpus. No obstante, esto no siempre es así. En no pocos ejemplos sí es posible imaginar o reconstruir un referente para la forma *le*. Otras veces se encuentra incluso explicitado en el contexto. Sin embargo, aún en estos casos, pareciera que lo más prominente no es la introducción del participante dativo en la escena, sino el carácter intensivo de *le*, que en estos casos, focaliza la intensidad de la acción misma. El ejemplo de (38) y los que vendrán a continuación con el verbo *entrar* ilustran este hecho.

(38) (a) -Porque mira, ahí, en las tascas, entramos y a picar tapas, -¡mano!-, y a *entrarle* al vino o a las cervezas [...] (HPRM, 188)

Es normal que el verbo *entrar* anexe un elemento locativo mediante una frase preposicional: "entrar a/en la casa" y no sería demasiado raro que dicho elemento locativo sea substituido por un dativo. Así, cuando el locativo es una entidad concreta como en "entrar en/al túnel" es extraño, pero posible parafrasear la estructura substituyendo el locativo con la forma de dativo en "entrarle".

Al parecer si el locativo es abstracto "entrar en/al juego" su substitución pronominal resulta más cómoda, al menos en el español mexicano y quizá precisamente debido a la existencia del uso intensivo de *le*: "*entrarle* al juego".

Obsérvese que en el ejemplo (38a) que acabamos de ofrecer, aparece como locativo expreso "el vino y las cervezas". Tratándose de un locativo de referencia concreta, esperaríamos que el significado fuera "introducirnos al vino y a las cervezas" como nos introducimos en un túnel o incluso en referentes abstractos como en el juego. Sin embargo el sentido de "entrarle al vino", en éste y en muchos otros ejemplos que implican substancias líquidas, significa "beber el vino", y no simplemente "beberlo", sino hacerlo con gran placer y dedicación.

Creemos que el matiz de "beber con gran placer y dedicación", que acabamos de describir, puede tener su asiento en el significado básico del verbo mismo. Así, de *entrar* puede haberse rescatado la idea de que cuando una entidad se introduce en algo se pierde dentro de la entidad contenedora. Así "entrar en el vino" por "beber vino" podría interpretarse como una metáfora cercana de "desaparecer en el vino, perderse en el vino". Sin embargo, para que este sentido se encuentre completo es necesaria la presencia de *le*,

que con su sentido intensivo-exhortativo genera esta exigencia de entrega total en la actividad: **entre* al vino

Éntrele al vino

Otra prueba del carácter no referencial del *le* intensivo en estos ejemplos del verbo *entrar* es que, contra lo que se espera de un verdadero clítico de dativo, la forma *le* no es sensible a las características numéricas del referente. Así, en el ejemplo (38a), esperaríamos un *-les* y no un *-le* *"éntreles al vino y a las cervezas", puesto que el supuesto referente –el vino y las cervezas- es un referente plural.

De hecho, el verbo *entrar* se usa en español mexicano para invitar o incentivar a alguien a realizar todo tipo de acciones y a hacerlo con mucha entrega. Así, es de lo más frecuente escuchar "*éntrele* a los tacos", "*éntrale* al baile", "*éntrale* a las opciones universitarias", sin sensibilidad alguna al carácter plural o singular del locativo que supuestamente funge como referente de la forma de dativo.

Los ejemplos de (39) muestran que el uso de *entrar*, en su versión intensiva, se comporta en realidad como una especie de verbo esquemático, vacío de significado léxico particular (una especie de "pro-verbo", si se nos permite la expresión) con el que es posible expresar la participación entusiasta, comprometida y total en casi cualquier tipo de actividad. Así, en (39a) el toro se entregará a la lid, en (39b) los amigos no quieren participar en la guerra y, aunque en (39c) no es posible saber a que tipo de actividad está refiriendo *entrar*, no nos cabe la menor duda de que sería recuperable si dispusiéramos de un contexto más amplio. Sin duda, la actividad se encuentra anafóricamente expresada en el contexto.

La expresión total formada por el verbo entrar más la forma intensiva *le* se han convertido, pues, en español mexicano, en una fórmula incentivadora, que cuando se

encuentra en imperativo, invita al sujeto a realizar una amplia gama de acciones posibles y a que lo haga con entusiasmo y entrega.

(39) (a) Don Alonso brincó de la cerca, echó a
correr hacia el sitio del combate y arrebató
la manga de Pancho, diciéndole a éste al mismo tiempo:
-largo, a la cocina, cocolero! A ver si este animal me
güele los cominos ¡*Éntrale*, negro!
El toro, cuya ferocidad se había excitado hasta lo sumo,
arremetió... (Mexicanos, 200)

(b) -vine hablando con todos los amigos que encontré y
ninguno quere *entrarle* (Guerra, 148)

(c) de ahí pá delante jue puro *entrarle*, ya no
me volví a acordar del juramento. (Guerra, 169)

Otra prueba de que la forma *le* que estamos analizando no es un pronombre de dativo, no al menos en el sentido ordinario del término, es que este puede aparecer, con el mismo sentido incentivador, unido a verbos con los que esperamos una forma de OD y no una de OI.

Es así que no es infrecuente encontrar, los que parecen casos de leísmo y que, sin embargo, pueden leerse claramente también como usos intensivos de *le*, como en (40):

(40) -¡Qué no! Todos somos de carne y güeso.
Móntele su mercé á un becerrito y verá si no se envicia.
(Mexicanos, 201)

Como hemos visto, entonces, la forma *le* unida a verbos que hemos identificado como intensiva se encuentra en algunos casos claramente asociado a los usos del mismo con interjecciones, y con frecuencia ofrece dificultades para la recuperación de un posible referente en el contexto. Cuando es posible recuperar ese referente, lo que parece estar en

foco es la acción misma expresada por el verbo y no la entidad introducida en la escena por el supuesto "dativo".

Ahora bien, no todos los verbos del español permiten este juego. Toca ahora su turno a la discusión de la parte de la hipótesis relativa a los contextos de introducción y expansión del uso intensivo de *le* con verbos, en donde se mostrará que el origen de este uso se encuentra asociado a verbos que en principio no admiten en español canónico un dativo y que de ahí se extiende a verbos que, son limitadamente permisivos de la coaparición de un dativo, hasta alcanzar verbos que admiten regularmente un dativo, aunque no un dativo prototípico.

4.1.2. El dativo no prototípico como puerta de entrada en el terreno verbal del *le* intensivo.

En este apartado veremos que los verbos afectados por el uso intensivo de *le* se dejan organizar de manera natural en tres grupos básicos distintos, con características muy definidas. En torno a estos tres grupos básicos se organizan otros verbos de comportamiento semejante, pero que sólo marginalmente admiten la anexión de *le* intensivo, en medio de lo que creemos es un proceso de extensión analógica.

El común denominador de todos los verbos involucrados en los tres grupos y en sus asociados analógicos es que pueden, con mayor o menor facilidad, agregar un dativo que se encuentra muy distante de los rasgos prototípicos de la categoría.

Antes de introducirnos de lleno en la descripción de estos tres grupos de verbos y sus extensiones analógicas, creemos necesario explicitar lo que entendemos por prototipo y por dativo prototípico.

De acuerdo con la teoría de prototipos (Givón 1984), las categorías lingüísticas poseen un núcleo de ejemplares o unidades centrales que reúnen las características y rasgos típicos y definitorios de la categoría. El conjunto de estos rasgos y características se conoce como el "prototipo" y a los miembros que las reúnen, como "miembros prototípicos". Alrededor del prototipo y de los miembros prototípicos de la categoría se organizan otros miembros de la categoría, en relaciones de mayor o menor proximidad al núcleo.

Puesto que desde esta perspectiva las categorías se conciben como entidades continuas, las fronteras entre diversas categorías son difusas, permitiendo la existencia de miembros "de frontera categorial" que, muy distantes ya del prototipo, pueden reunir rasgos de distintas categorías en contacto.

De este modo, el dativo como categoría semántico-sintáctica, posee un prototipo, miembros prototípicos y miembros que se distancian paulatinamente del prototipo, adoptando, a veces, rasgos propios también de otras categorías.

De acuerdo con lo planteado en la hipótesis de este trabajo, el uso intensivo de *le* tendría que haberse introducido en el sistema verbal del español, a través de los miembros más distantes del prototipo de dativo. Esta hipótesis descansa en la lógica siguiente:

Si un cambio lingüístico ataca directamente al núcleo (prototipo) de una categoría, que es la parte más sólida y fácilmente reconocible como tal por los hablantes de una lengua, la innovación no puede pasar inadvertida y corre un alto riesgo de ser "reprimida", como uso grosero que afecta la "expresión correcta de la lengua". En cambio, si la innovación se introduce y se expande entre los miembros menos prototípicos de una categoría, sus probabilidades de triunfar y permanecer son mayores, pues su riesgo de ser notada como una anomalía por el hablante es menor.

Es decir, si una anomalía (que todo cambio lingüístico en principio lo es) se introduce entre los miembros anómalos (no prototípicos) de un conjunto, es menos llamativa como anomalía, que si se introduce entre los miembros "normales" (prototípicos) de la misma categoría.

Esto es precisamente lo que encontramos al analizar los verbos por los que se introdujo el uso intensivo de *le*. El dativo que todos ellos pueden tomar, si pueden hacerlo, es profundamente atípico, esto es, muy distante del prototipo de dativo.

Pero para poder seguir con nuestra exposición, es preciso que aclaremos que se entiende por "dativo prototípico" y en que sentido se alejan los dativos afectados por *le* intensivo de ese tipo de dativo.

De acuerdo con los rasgos que se atribuyen al dativo como los más prominentes y frecuentes, el dativo prototípico incorpora a un participante humano, que participa activamente en un evento, expresado por un verbo que supone doble transitividad (con dos participantes objeto) y en papel semántico de experimentante o recipiente (Cabanillas 2004; Faltz 1978; García 1975, cap.7; Givón 1984: 88; Hernanz y Brucart 1987: 256; Langacker, 1991: 284-290).

Por actividad se entiende una participación con un grado relativamente alto de responsabilidad en el evento, menor que la del sujeto, pero mayor que la del OD (García 1975).

Por doble transitividad se entiende el tipo de relación gramatical biargumental que establecen ciertos verbos transitivos de la lengua, que subcategorizan dos objetos, uno sobre el que se ejerce en forma directa la acción expresada por el verbo, conocido como objeto directo, y otro indirectamente afectado, en el que se "cumple o termina la acción" denotada por el verbo (Hernanz y Brucart 1978:256; RAE 1973:371, entre muchos otros).

Por experimentante se entiende una persona involucrada en una actividad cognitiva o mental, sea esta de tipo intelectual, perceptual o emotiva (Langacker 1991:285)

Por recipiente se entiende el punto término de un acto de transferencia.

Así, por ejemplo, los llamados verbos de transferencia y comunicación (tales como *dar* y *decir*) suelen acompañarse de dativos altamente prototípicos, pues éstos reúnen muchos de los rasgos del prototipo de la categoría dativo: forman parte de estructuras bitransitivas en las que se convierten en el punto término de un acto de transferencia, incorporando, así, el papel semántico de recipientes o experimentantes (en este caso involucrados en un acto de percepción auditiva); son con mucha frecuencia entidades humanas o animadas (rasgo indispensable con verbos de comunicación) y desempeñan un papel activo en el evento (especialmente con verbos de comunicación).

Ahora bien, como veremos a continuación, los verbos afectados por el uso intensivo de *le* se alejan notablemente del prototipo por las siguientes razones. En principio, en la mayoría de los casos, se trata de verbos intransitivos (del tipo *entrar*, *subir*, *bajar*, *correr*, *andar*), donde el dativo, en los muy restringidos contextos en que puede aparecer, si es que puede hacerlo, está muy lejos de representar a la entidad en que se cumple o termina la acción del verbo, "ejercida ya sobre el objeto directo", en principio, porque no hay tal objeto directo. Es decir, el dativo, es en todo caso, el único participante "objeto".

Por otra parte, cuando el verbo es transitivo, suele ser del tipo que admite un dativo inanimado (mayoritario en nuestro corpus) que no es en modo alguno un experimentante o recipiente de la acción. Se trata generalmente de un elemento locativo que ha sido incorporado a la estructura argumental de la oración mediante la utilización de un dativo del tipo que podríamos calificar como "locus-poseído" o "locus-afectado".

Así, los dativos de nuestros verbos, transitivos e intransitivos, se encuentran en los rincones de la categoría más distantes del prototipo de dativo.

Para mostrar lo anterior, presentaremos los tres grupos de verbos que según nuestros datos admiten *le* intensivo y que hemos caracterizado según el grado de permisibilidad de un dativo y de acuerdo con la cercanía de ese dativo con el prototipo de esta categoría sintáctico-semántica.

4.1.2.1. Los grupos de verbos que permiten la aparición de *le* intensivo.

Como hemos ya adelantado, encontramos que los verbos que permiten la aparición de *le* intensivo, pueden reunirse en tres grupos básicos de acuerdo con su capacidad de tomar un dativo y por la clase de dativo que pueden atraer.

El común denominador de los tres grupos es que cuando es posible recuperar un referente para el dativo que los acompaña éste es siempre un dativo de carácter locativo, sea este un espacio físico concreto, sea un locativo de posesión (la parte perteneciente a un todo) o sea de carácter abstracto (una entidad abstracta que se concibe metafóricamente como un lugar).

Antes de introducirnos en la descripción de los tres grupos de verbos de los que estamos hablando, es preciso decir que la mayor parte de las documentaciones de *le* intensivo en nuestro corpus escrito pertenecen a las dos primeras clases de verbos que describiremos a continuación y que estos dos primeros grupos reúnen verbos intransitivos. Ello nos autoriza a afirmar que el fenómeno de *le* intensivo se ha expandido fundamentalmente en el área de la intransitividad, lo que es por sí mismo un importante

hecho que apoyo la hipótesis de que la introducción del fenómeno se ha llevado a cabo a través de áreas marginales, no prototípicas, del dativo.

Presentaremos los tres grupos de verbos en un orden que refleja su importancia en el origen y evolución del fenómeno. En el primer grupo se encuentran los verbos con los que se documenta más antigua y frecuentemente el fenómeno. En el segundo grupo se ubican los verbos que se documentan con profusión más tarde, pero siempre con menor frecuencia en el corpus global. En el tercer grupo se ubican los verbos documentados más recientemente con *le* intensivo en nuestros datos y que ofrecen mucho menor frecuencia de uso en todo el corpus.

Es muy importante decir, que no ordenamos los verbos mediante el simple recurso de formar tres grupos tomando en cuenta la antigüedad de su documentación en el corpus y la frecuencia de aparición en el mismo. Por el contrario, los verbos se dejan ordenar en esos tres grupos en función de sus características sintáctico-semánticas y luego coincide que reflejan también cierta antigüedad y cierta frecuencia en la selección de *le* intensivo.

Así, pues, creemos que nos vemos en la capacidad de describir un continuo de verbos, a través del cual se ha ido introduciendo el uso intensivo de *le*. Y que los tres grupos que describiremos se forman de manera natural, según sus características intrínsecas.

Este continuo refleja, en nuestra opinión, un continuo de permeabilidad a la introducción del uso innovador, que corresponde claramente con el grado en el que el verbo puede o no atraer un dativo y de acuerdo con la distancia de este dativo con respecto al prototipo.

4.1.2.1.1. El primer grupo. Los verbos intransitivos de desplazamiento.

De acuerdo con nuestros datos, el primer grupo de verbos alcanzado por el cambio, al que pertenecen también los verbos con más frecuencia de aparición de *le* intensivo en la parte escrita del corpus, es el de los verbos intransitivos de desplazamiento. Estos verbos suponen un movimiento continuo (sin límites expresos en el eje temporal), sin especificación inherente de la fuente o de la meta (sin límites expresos en el eje espacial). Son verbos del tipo *correr*, *andar*, *caminar*, *nadar*, *bailar*, *pedalear*, *volar*, *etc.*

Con esta clase de verbos es con los que resulta muy difícil, si no totalmente imposible, localizar un posible referente para la forma *le*, en el supuesto caso de querer analizarla como un simple dativo.

En nuestra opinión, la razón por la que el uso intensivo de *le* tuvo facilidad para incorporarse a estos verbos es, precisamente, su imposibilidad de confundirse con un auténtico dativo.

La forma debe haberse interpretado entonces, no como una "corrupción" de la lengua española, sino como un préstamo, un transvase del náhuatl, semejante al presente entre las formas *áxcale* y *órale*, donde el carácter extranjero o espúreo del sufijo es tan evidente que resulta tan inocuo como la adopción de palabras del náhuatl para nombrar entidades desconocidas (como por ejemplo, *aguacate, tomate, etc.*). Así, la forma, en sus orígenes, debe haberse sentido como extranjera y pintoresca, pero muy útil comunicativamente. Su carácter aparentemente inofensivo y comunicativamente útil debió ayudarlo a prosperar.

Ofreceremos a continuación algunos ejemplos de su comportamiento en las porciones más recientes del corpus, pues sus manifestaciones más antiguas fueron ya ilustradas al

principio de este capítulo. Vale decir, por otra parte, que los usos antiguos y modernos no ofrecen diferencia cualitativa alguna. Lo único que documentamos con toda certeza es un incremento de su frecuencia del uso. Que se explica, sin duda, como reflejo de la expansión del fenómeno y de la mayor aceptación del cambio entre sectores más cultos de la sociedad, por lo que la forma ha adquirido carta de naturaleza también en lengua escrita.

Obsérvese que en todos los ejemplos de (41) es imposible reconstruir un referente para la forma *le*, es aquí, en el tipo de ejemplos que documentamos más temprano (*correr* y *andar*), que resulta completamente evidente el carácter no pronominal del sufijo.

En la actualidad es fácil para los hablantes del español mexicano confundir ese sufijo con un dativo o no percatarse de lo extraño que resulta, pero en los inicios del cambio, la transgresión debió ser tan evidente que debió aceptarse como un exotismo más resultante del contacto de lenguas. Ya hemos visto que las referencias antiguas que hemos podido encontrar sobre este uso refieren a un habla de "indios y de gente inculta" (Robelo, 1904, entrada axcan, 476). Obsérvese que en todos los casos resulta imposible siquiera imaginar una referencia para el dativo:

(41) (a) -¡*órale*, *camínale*, y no te hagas pesado...
pa' mí que te vienes haciendo pato pa' que
te carguemos (Burrón, 268-28)

(b) -*Pásele, pásele*, pero aprisita, *camínele*
hasta mi cuarto (Lunitas, 60)

(c) -Vete a buscar mis llaves, las dejé arriba,
creo, pero *córrele*, porque ya se me hizo tardísimo
(Lunitas, 119)

(d) -¡*Rémale*, mi hermano, si no, no llegas!
(Corpus 2, habla espontánea)

(e) -Mario, tráeme el dinero, pero *vuélale* porque
sigue marcando [el taxímetro] (Corpus 2, habla espontánea)

(f) *-¡Aváncele!, ¡aváncele!* El del volcho rojo, *¡circúlele!*
(Corpus 2, habla espontánea)

Obsérvese, también, que el matiz incentivo-exhortativo del uso se ve reforzado en algunos de los ejemplos mediante recursos diversos tales como la repetición del mismo verbo (41f), la conjunción de varios verbos distintos con el *le* intensivo (41b), la reunión de interjecciones y verbos con la misma forma (41a) o la reunión de adverbios que explícitamente exhortan y apuran la realización de la acción (41b).

Ahora bien, al lado de estos verbos intransitivos con los que resulta completamente inconcebible la adición de un auténtico dativo pronominal, documentamos en español actual un pequeño grupo de verbos intransitivos que pueden anexar *le* intensivo y que son en nuestra opinión una extensión analógica desarrollada a partir del comportamiento del primer grupo de verbos que estamos analizando. Se trata, en este caso, de verbos que expresan, ya no propiamente el desplazamiento de una entidad de un punto a otro en el espacio, sino un movimiento continuo (*taconear*, *zapatear*, *pedalear*, etc). Estos verbos se parecen a los anteriores en que no hay ningún sentido intrínseco que limite el movimiento del sujeto en el eje temporal (se trata de un movimiento durativo), pero se distingue de ellos en que no se perfila un desplazamiento de un punto a otro en el espacio. Por el contrario, el movimiento se concibe más bien localizado en un punto relativamente fijo del espacio.

El hecho de que el movimiento reiterado que expresan estos verbos se realice en un punto fijo del espacio, sin implicar por su significado interno ningún tipo desplazamiento, parece hacer posible que sea más fácil imaginar o recuperar un elemento locativo como referente del *le* intensivo.

Estos verbos, de aparición más tardía y menos frecuente en el corpus, pudieron ser muy bien la puerta de entrada para el intensivo *le* a los terrenos del auténtico dativo

pronominal del español, es decir, el contexto que pudo haber contribuido a facilitar la pronominalización posterior de *le* intensivo.

Obsérvese que en (42a) el *–le* de "taconéele juerte" podría referirse al piso; en (42b), el *–le* de "a zapatearle", al lugar indicado por el adverbio *ahí*, y en (42c), el *–le* de "pedaléale", a una bicicleta implícita en el significado mismo del verbo. Sin embargo, sabemos que este *le* es intensivo porque, aunque según el significado del verbo sería posible la recuperación de un referente, en los ejemplos concretos tal recuperación resultaría muy extraña, cuando no imposible, (como en (42c), donde sabemos, no hay bicicleta, pues el sujeto no puede subir las escaleras sino a pie).

(42) (a) -¡*Taconéle* juerte, chula!, ¡que retiemble el piso!
(Burrón, 277-30)

(b) -Aquí en la explanada de la bandera, como hay una tarima allí, ¿no?, entonces... ahí se subieron y ahí ... ahí bailaron. ¡*A zapatearle*, todos ellos! (HPRM, 691)

(c) Sube las escaleras y búscalo en el cajón y me lo traes, pero *pedaléale* (Corpus 2, habla espontánea)

Los verbos intransitivos de movimiento, donde la recuperación de un referente para la forma *le* resulta imposible, parecen haber sido, pues, los primeros verbos que admitieron el uso intensivo de origen extranjero. Todo parece indicar, también, que los verbos intransitivos de movimiento donde sí es posible imaginar la recuperación de un dativo-locativo debieron verse invadidos después por el uso intensivo, sin ser, sin embargo, todavía, una transgresión obvia de la sintaxis española para el hablante nativo, pues la recuperación de un referente para el dativo es completamente marginal y asociada a contextos muy específicos y restringidos.

4.1.2.1.2. Segundo grupo. Los verbos intransitivos de movimiento con trayectoria.

El segundo grupo en antigüedad y en orden de frecuencia en corpus escrito, es el constituido por verbos intransitivos de movimiento que suponen una trayectoria, en cuyo significado léxico se incorpora ya sea el inicio o el final de dicha trayectoria (*huir, subir, bajar, llegar, etc.*) ya sea el ingreso o egreso o de contacto con una meta (*entrar, salir, pasar, etc.*).

Las especificaciones locativas que incorporan estos verbos en su significado léxico (puntos de inicio y término y punto de contacto egreso o ingreso) pueden especificarse normalmente en español con una frase preposicional de carácter locativo: *huir de la ciudad, subir al camión, /bajar al segundo piso, llegar/entrar/pasar a la casa* y esta frase preposicional de carácter locativo puede ser substituida por un dativo en español, sobre todo cuando se trata de un locus animado: *a Juan le llegó una carta, le entró miedo, le subió la fiebre*. Con referentes locativos inanimados es mucho menos frecuente dicha substitución, por no decir extraña, en español canónico: *huirle a la ciudad, ?? pasarle a la sala.*

La posibilidad de sustituir por un dativo sólo algunos tipos de las entidades locativas incorporadas en el significado de estos verbos (las animadas) ha ocasionado, en nuestra opinión, que la aparición del *le* intensivo con estos verbos pueda ser lo suficientemente ambigua como para poder ser interpretada ya con el sentido intensivo, ya con el sentido de dativo-locativo posible en español, al menos cuando el locus es animado.

Es lógico entonces, que sea esta clase de verbos el segundo contexto lingüístico alcanzado por el cambio: aquí el uso es lo suficientemente extraño como para seguir

pareciendo un préstamo indígena y no ser, por lo tanto, reprimido con premura y, al mismo tiempo, es lo suficientemente cercano a las posibilidades distribucionales del dativo español, como para que se vaya aclimatando y tomando carta de naturaleza en esta lengua, e iniciando su proceso de "pronominalización".

Los ejemplos que ofrecemos a continuación de (43) ilustran el uso en español moderno, pues el uso más antiguo quedó ejemplificado ya al inicio del capítulo. Vale decir, nuevamente, que desde un punto de vista cualitativo el comportamiento parece ser idéntico, antes y ahora, y que, una vez más, las diferencias parecen centrarse exclusivamente en la frecuencia de uso, que ha avanzado notablemente en lengua escrita.

El ejemplo de (43) es interesante porque reúne varios de estos verbos con el uso intensivo de *le*, en medio de una canción, que imita el uso popular.

(43) *Éntrenle* pa dentro
sálganle pa fuera...
súbanle pa arriba
bájenle pa bajo
(Corpus 2, canción popular)

Los ejemplos de (44) muestran el uso de *le* intensivo con el verbo *subir*. Obsérvese que no existe en el contexto nada que nos haga pensar en un referente de *le*, aunque, desde luego, podría interpretarse también que está implícito y que es el primer piso en (44a) y la escalera en (44b).

(44) (a) Estoy acá arriba, *¡súbele!*
(que la persona suba)
(Corpus 2, habla espontánea)

(b) -¡Órale, *súbele*! [incitando a un niño para que suba por una escalera] (Corpus 2, habla espontánea)

Los ejemplos de (45) son menos claros en la posibilidad de un referente dativo-locativo implícito, pues resulta muy difícil imaginar que éste pueda ser el piso, el suelo o la acera.

(45) (a) No, señora, *bájele* por la puerta de atrás
(Corpus 2, habla espontánea)

Le dije que no *le bajara* hasta que el camión se detuviera completamente, pero no me hizo caso (Corpus 2, habla espontánea)

El verbo *llegar* ofrece posibilidades variadas muy interesantes, pues, como se muestra en (46), el verbo puede en estos usos intensivos, expresar desde un movimiento con trayectoria en el espacio, que indica el contacto del sujeto con una meta locativa relativamente concreta (46a) (la meta es la fiesta y no el espacio concreto en el que ésta va a realizarse, sin embargo, el locativo concreto se presupone), hasta un movimiento completamente figurado hacia un locativo abstracto como el "reparto de piñazos" (golpes) en (46b) o una situación de la que no sabemos más que se incita a actuar en el ahora, en (46c). El verbo *llegar* admite también una meta animada como en (46d) y puede llegar a significar la acción opuesta, como se ilustra en (46e), donde la incentivación es a partir (alejarse) de un sitio, no a llegar a él.

(46) (a) -La fiesta comienza a las 4, *llléguenle* ¿no?
(Corpus 2, habla espontánea)

(b) -¡*llléguenle* al reparto de piñazos!
(Corpus 2, DEM, 717001225)

(c) -No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. ¡*llégale*!
(Corpus 2, emisión de radio)

(d) -¿*Le* vas a *llegar* hoy?
-No

-Muy mal. ¡*llégale* hoy!
[incitándolo para acercarse a conquistar a una muchacha]
(Corpus 2, habla espontánea)

(e) El juego ya se acabó.
-ya *lléguenle*. [ya váyanse]
(Corpus 2, habla espontánea)

El verbo *entrar* ofrece una versatilidad semejante. Ya hablamos de él al inicio de este capítulo. Aquí sólo nos interesa constatar que puede tener usos en los que su significado remite a un movimiento con trayectoria muy concreto (47a), con una meta muy concreta también (un espacio físico) y puede tener usos menos literales, en donde la meta es concreta pero figurativa (47b) o completamente abstracta como en (47c), donde el espacio metafórico en el que se realiza el ingreso es "la comida" y "las piñatas" o, mejor, "el juego de las piñatas", respectivamente.

(47) (a) -¡*Éntrele*!, ¡*ándele*!, que se está mojando.
(Corpus 2, habla espontánea)

(b) -El asunto puede esperar, *éntrele* primero a la comida.
Allí hay aguacates y chiles verdes (Burrón, 279-11)

(c) -¿Acaso quiere usted que sus hijos nada más se la pasen mirando, sin *entrarle* a las piñatas por no haber cooperado? (Burrón, 279-20)

(48) (a) -*Sálganle* con cuidado, por favor [policía del metro ordenando la salida de emergencia]
(Corpus 2, habla espontánea)

(b) -¡*sálganle,* Acá afuera está bien sabroso!
(Corpus 2, habla espontánea)

(49) (a) *pásale*, allá adentro está mi mamá.
(Burrón 264, 34)

(b) ¡Ah, la chapa!, está bien...: ¿quihúbole?
¿si te presto, qué?
¡a ver, ven! ¡*pásale*
(Corpus 2, DEM, 992001233)

Así, pues, los verbos de este segundo grupo se caracterizan, al igual que los del primero, por ser intransitivos de movimiento. Sin embargo, a diferencia de ellos, permiten, en ciertas circunstancias, la coaparición de un dativo para codificar al locus supuesto por el significado mismo del verbo. De este modo, el *le* intensivo tiene más posibilidades de ser interpretado como un auténtico dativo e ir adquiriendo carta de naturaleza en lengua española.

Los verbos del tercer grupo en ser afectados por el cambio, se distinguen de los dos anteriores, como veremos, por ser transitivos y aceptar con toda naturalidad un dativo que especifica la parte afectada por la acción dentro de un todo.

4.1.2.1.3. El tercer grupo. Verbos transitivos que pueden atraer un elemento locativo codificado como objeto indirecto.

El tercer grupo de verbos en ser afectado por el cambio, según nos lo indica la antigüedad de su documentación y su frecuencia en lengua escrita, es el constituido por una larga serie de verbos transitivos que además de su uso transitivo común y corriente, pueden participar en construcciones en las que una entidad se ve parcialmente afectada. Esta afectación suele codificarse en español mediante el uso de un dativo para expresar el todo y un acusativo que expresa la parte que está siendo directamente afectada: "*le* jaló los cordones *a los zapatos*", "*le* cortó las patas *a la mesa*", "*le* acarició el lomo *a la perra*", etc.

Este dativo ha sido llamado dativo de posesión y se concibe como un locus que especifica al todo afectado indirectamente como poseedor o dominio en el que se sitúa *la parte.*

Desde luego, se trata de un dativo poco prototípico, pues, aunque participa en una acción transitiva, es frecuentemente inanimado y está muy lejos de representar a un experimentante o recipiente de la acción expresada por el verbo.

Así, quizá, más que hablar de un grupo de verbos sería más apropiado hablar de un tipo de construcción en la que puede participar gran cantidad de verbos transitivos ordinarios. Sin embargo, como la finalidad de esta parte del trabajo ha sido rastrear la ruta de expansión seguida por el cambio y esta ruta de expansión se encuentra entre distintas clases de verbos, consideramos pertinente aquí seguir hablando de los verbos que han ido admitiendo la introducción del uso innovador. Con este tercer grupo de verbos, las posibilidades de expansión del cambio se ven incrementadas notablemente, pues, como podrá observarse, son muchos los verbos que pueden participar en construcciones en las que se marca la afectación directa de una parte perteneciente a un todo.

Los ejemplos de (50) ilustran el tipo de contexto al que nos referimos aquí.

Obsérvese que en (50a) es recuperable un referente para el sufijo *–le* (la colcha). El acto de agarrar afectará a la punta (la parte) de la colcha (el todo).

(50) (a) -a ver *agárrale* aquí [la punta de una colcha]
(Corpus 2, habla espontánea)

Ahora bien, aunque con todos los verbos con los que documentamos este uso de *le* es posible encontrar ejemplos en los que es posible recuperar del contexto inmediato al referente de la aparente forma de dativo, la mayor parte de las veces, sólo podemos imaginarlo o inferirlo, pues no hay, por parte del hablante, aparentemente ningún interés por que sea recuperable.

Ese es el que nos da la clave de que estamos ante un uso intensivo y no pronominal, en el que lo que importa es destacar la intensidad de la acción. Esto podemos apreciarlo en (50b). Nótese que aunque es posible inferir vagamente la existencia de una parte (la verdura específica) ubicada en un todo (el puesto de verduras), no se percibe en el contexto ninguna intención de hacer clara semejante especificación. Por el contrario, parece evidente que el hablante sólo utiliza el recurso que le permite la lengua en la expresión del todo-de-una-parte mediante la forma de dativo *le* para dar su deseo comunicativo de que su cliente se sienta cordialmente invitado a realizar la acción de "agarrar". Esto es, estamos ya frente a la expresión de una mixtura perfecta entre los recursos que ofrece la lengua española y la intensidad comunicativa de los imperativos nahuas.

(b) -*agárrele, agárrele,* todo está muy bueno
[en un puesto de jitomates]
(Corpus 2, habla espontánea)

Ejemplos como estos proliferan en el corpus que tiene como fuente habla espontánea. Su aparición en lengua escrita es muy restringida. En (50c) presentamos otro uso muy semejante con el mismo verbo:

(c) páguenme, páguenme primero y *agárrele*
(HPCM, 400)

También es posible encontrar usos metafóricos en los que la supuesta parte es abstracta y lo es también el todo. Tal es el caso de (51) donde lo agarrado es el ritmo de la música (51a) y el modo de la guitarra (51b). Obsérvese que en (51a) el hablante mismo expresa confusión en relación con los contenidos de la parte y el todo, pues introduce al todo (la música) mediante la preposición "por" en el lugar de "a", que corresponde a la marca de objeto indirecto.

(51) (a) Bueno, me emocionó [...] pero, a la vez vi la habilidad
que tienen ustedes en la guitarra, que al entrenarla
tres... o cuatro veces, [...] *le agarraron*... el ritmo, por la música.
(HPCM, 239)

(b) Y –digo-, me dio a mí por... por... digamos... por agarrar
la guitarra; pero nomás por [...] por diversión.
Pero ya vi que...que... fui más o menos *agarrándole* a fondo,
y le seguí hasta la fecha. (HPCM, 230)

Otro ejemplo del uso de *le* intensivo en este tipo de estructuras lo da el ejemplo apretar en (52). Obsérvese que en (52a) el todo al que se supone expresa la forma *le* es "la bolsa". Debemos reconocer, sin embargo, que un "aprieta aquí" sería perfecto y que la presencia de *le* parece, en el mejor de los casos, redundante. En (52b) y (52c) el verbo parece haber tomado un sentido muy distinto. Al parecer el verbo ha dejado de significar propiamente "constreñir algo" y ha pasado a significar "apurar". Todavía, en un análisis tradicional, podríamos intentar el argumento de que el referente de *le* en (52b) podría ser "la caminata" (en algo así como "apriétenle el paso a la caminata") y en (52c) "el acelerador" (en algo así como "apriétale el acelerador al carro). Obsérvese, sin embargo, que en este análisis resultaría muy extraña la irrecuperabilidad tanto del todo como de la parte en el contexto, sobre todo en (52c), donde la forma se repite muchas veces y no hay una sola mención ni al todo ni a la parte. Esto ocurre, en nuestra opinión, porque en la mente del hablante está muy lejos la noción de parte-todo que suele expresar la estructura de la que se está valiendo, y sólo le interesa destacar el carácter intensivo de su comunicación.

(52) (a) *-apriétale* aquí porque si no se te va a romper la bolsa
(Corpus 2, habla espontánea)

(b) -y *apriétenle*, que se nos vienen encima las aguas
(Rulfo, 48)

(c) -¿Entonces por que no *le aprietas*, hijo de la chingada?,
vas a vuelta de rueda.
-ya *le aprieto*, Rubén, ya *le aprieto*, es que es mucho tráfico,
pero ya vamos a llegar. (Crónicas, 246)

Ofreceremos un último ejemplo, de particular interés para nuestro análisis, pues, aunque es posible reconocer todavía la estructura de afectación parte-todo que nos ofrece la lengua española mediante el uso del dativo para expresar el todo, resulta más evidente que en los ejemplos anteriores, se observa el total desinterés del hablante en otra cosa que no sea expresar la intensidad presente en la forma *le*.

Se trata del verbo *apagar*. Uno podría inferir que el referente de *le* podría ser un aparato de sonido en (53a, b y c) y la estufa en (53d). Pero para ello hay que reconstruir una oración de base del tipo "apaga el botón del aparato, apaga el botón de la estufa/apágale el botón de encendido al radio, apágale el botón de encendido a la estufa".

Después de realizar esta reconstrucción de un referente, poco natural, hay que decirlo, podemos imaginar que por alguna extraña razón, los hablantes mexicanos optaron por omitir la explicitación de los elementos centrales participantes (la parte y el todo). Y una vez llegados a esa conclusión hay que ignorar el sentido claramente intensivo que tiene en español de México el uso de la forma *le* en todos estos contextos.

El análisis más natural e intuitivamente correcto es el que nos lleva a la conclusión de que en este tipo de construcciones no estamos frente a un auténtico dativo. Todo parece confirmar que existe en español de México un clítico *le* no dativo, que ha encontrado la forma de irse introduciendo en el sistema verbal del español mediante la usurpación paulatina y aparentemente inofensiva de algunas de las funciones del auténtico *le* dativo. Es

decir, que una forma no pronominal, préstamo del náhuatl, ha aprovechado su semejanza formal con el dativo español y se ha ido introduciendo paulatinamente desde la periferia de la categoría dativa hacia áreas más centrales. En este proceso, ha logrado compartir terrenos con el dativo, mimetizándose con él y generando zonas de ambigüedad, es decir, pronominalizándose.

(53) (a) -*Apágale* ya, para que se oiga (Corpus 2, DEM 992001113)

(b) -No, ¿otra vez esa grabación? *¡apágale, apágale!*
(Corpus 2, habla espontánea)

(c) Bueno, la mayoría se dedica a trabajar, pues...
¡*apáguele* ahí!, se... son esposas de trabajadores
(Corpus 2, DEM, 802007002)

(d) --¿le apago o le muevo?
¡*muévele*! (Corpus 2, habla espontánea)

-¿le apago o le dejo?
-¡*déjale*! (Corpus 2, habla espontánea)

El uso de *le* intensivo que nos ha sido posible documentar en el español actual de México nos indica que esta forma es vigorosa y muy productiva.

Según creemos, ha conseguido penetrar en el sistema verbal debido, primero, a su poca perceptibilidad como elemento amenazante (cuando era claramente un préstamo del náhuatl) y debido, después, a su capacidad de mimetizarse con el medio ambiente y lograr parecerse a algunas de las funciones del auténtico dativo. La ventaja de haberse introducido por las áreas menos prototípicas del dativo, radica, como hemos argumentado antes, en su poca visibilidad.

El éxito comunicativo de la forma *le* intensiva ha sido tal que es posible encontrarla salpicando profusamente el habla de los sectores más populares de México. El fragmento de (54) ilustra el alcance que su uso ha llegado a tener. Obsérvese que puede aparecer no

sólo en imperativo. La forma *le* aporta en estos casos no el matiz incentivo, por el que se estimula a una segunda persona a realizar una acción, sino el matiz intensivo, por el que se focaliza la acción misma enunciada por el verbo.

(54) -¿Y de qué manera arregla el zapato?[...]
-...tengo que parchar el tacón, o *rebajarle* a completar
el tacón. Bueno, pero para no... completarle más...
-digo- así, completarle más... o problemas en el tacón,
yo agarro y le pongo un parche de suela ¿entiende?.
-El parche agarra y... lo rebajo, ...agarro la suela, la rebajo,
sacándole el chaflán ¿entiende?
-Si queda más alto, pos yo *le agarro* y *le rebajo* más
para que quede...
[...] -Cuando son medias suelas, agarro, *les pego* hasta la
media suela, un poco más, como unos tres dedos o cuatro
dedos del tacón ¿entiende? De allí, yo *le agarro* y *le descoso*;
si ya está cosido, agarro y *le descoso*... Digamos, con el cuchillo
le meto... le empiezo a despegar con tíner; *le descoso*, y una vez
que esté descosido, agarro y *le recorto* hasta donde ya *le márque*...
hasta donde ya *le descosí*. Agarro y *le recorto*,
rebajándolo, achaflanándolo, ¿entiende? [...]
Entonces, este... agarramos, compramos la hoja, y yo... marco
la media suela y... la achaflano igualmente, al corte que tiene el zapato.
La recorto, *le achaflano*, las pego; después de allí, a la ... hacia la
costura, hacia la costura. [...]
Entonces, de allí proviene esta cosa: yo agarro, *le desviro*, *le lijo* y toda
la cosa, *le pinto*... Después viene la pulida del zapato, o sea que se
cepilla en un banco... Entonces, agarro y *le cepillo*... (HPCM, 30-37).

El uso intensivo de *le*, que acabamos de ilustrar en (54), da la apariencia de leísmo. Este uso ha sido calificado de hecho como "falso leísmo" (López Farías 2004: 95-99). Esta impresión de leísmo la debemos al hecho de que en este tipo de expresiones, donde lo que el hablante desea poner en foco es la acción que se realiza y la intensidad con que se realiza, frecuentemente se omite tanto la entidad que funcionaría como objeto directo, como la entidad que funcionaría como objeto indirecto en una construcción canónica. La concentración del foco en la actividad misma hace incluso difícil la recuperación de otro

participante que no sea el sujeto que realiza la acción. El hablante parece estar absorto en describir la acción que realiza y el resultado en la expresión con el incentivo *le* es un evento que sin ser formalmente intransitivo adquiere características semánticas de intransitividad: sólo parece importar la enunciación de un sujeto que realiza una acción. Así la recuperación de un referente para la forma *le* resulta complicada e invita a ser considerada representante de un objeto directo (que en este caso podría muy bien ser el zapato), es decir, un leísmo.

Hemos visto en este apartado que los tres grupos fundamentales de verbos que admiten la introducción de *le* intensivo se caracterizan, dos de ellos por ser intransitivos, y los tres por el hecho de que la recuperación de un referente para *le* remite siempre, cuando es posible, a un locativo. El tercer grupo de verbos, aunque es transitivo, en el uso se comporta, ya hemos visto, como si se tratara de una acción intransitiva, donde no importa la mención de otro participante en la acción que no sea el sujeto. Esto nos permite arriesgar la propuesta de que la forma *le* intensiva se mueve en el ámbito de la intransitividad, formal o semántica, y que, por lo tanto, no es un pronombre dativo, sino una forma nueva en la lengua, que ha logrado introducirse en ella gracias a un proceso exitoso paulatino de mimesis con el auténtico *le* dativo del español.

Calificamos esta mimesis de exitosa porque, a simple vista, en una aproximación sincrónica, no resulta nada fácil decidir si es que la lengua española desarrolló en algunos de sus dialectos (el español de México) un uso peculiar del dativo, como resultado del desenvolvimiento natural de sus funciones, o si es que una forma ajena (procedente del náhuatl) logró introducirse en algunas de las áreas funcionales de esta categoría y se fundió con ella. Esto es, no resulta fácil dilucidar si el dativo se está despronominalizando o el préstamo no pronominal del náhuatl se está pronominalizando.

En el siguiente apartado revisaremos algunas series de verbos que ofrecen *le* intensivo en nuestro corpus y que sin pertenecer en sentido estricto a ninguna de las tres clases que acabamos de plantear, se asocian con ellas mediante vínculos más o menos estrechos.

4.1.2.1.4. Extensiones analógicas de los tres grupos fundamentales de verbos.

Dijimos antes que además de identificar los tres grupos de verbos y construcciones que admiten *le* intensivo, mostraríamos algunos verbos que parecen quedar al margen de estos tres grupos, y que ofrecen también el uso de *le* intensivo.

Como veremos a continuación, aunque estos verbos no pertenecen, en forma estricta, a ninguno de los tres grupos fundamentales, se asocian con ellos por algunos de sus rasgos y son, en nuestra opinión, desarrollos analógicos que tomaron como punto de referencia el comportamiento de los tres grupos fundamentales. A continuación describiremos estos verbos.

La mayoría de los verbos ajenos a las tres clases que acabamos de describir y que aparecen en nuestros datos con la forma *le* intensiva pertenecen al campo de la cognición. Se trata de verbos que suponen procesos que involucran un cierto desempeño mental o perceptivo. La mayoría de ellos aparecen en construcciones intransitivas, donde el único participante es el sujeto de la acción. Tal es el caso de los verbos *pensar*, *estudiar*, *adivinar*, *contar* (numéricamente), etc. En este caso su comportamiento es muy cercano al del primer grupo de verbos intransitivos analizados, en donde es muy difícil recuperar o siquiera imaginar un referente para la forma *le*.

Otro grupo lo forman verbos que también suponen algún tipo de evento cognitivo, con los que sí es posible, sin embargo, recuperar o imaginar un referente para *le*. En este caso los verbos se comportan de modo muy semejante o a los verbos del segundo grupo, con un referente locativo subcategorizado de *le* (*poner= suponer)* o a los verbos del tercer grupo, donde el dativo suele referir al todo que se ve afectado en una de sus partes, como es el caso de *saber*.

A continuación ofrecemos algunos ejemplos de esta clase de verbos. En (55) se ilustra el comportamiento de los verbos cognitivos que se asemejan más en su comportamiento a los verbos intransitivos del primer grupo. La diferencia estriba, desde luego en que no se trata aquí de verbos intransitivos de movimiento sino de verbos que suponen un proceso mental. Las semejanzas radican en que se trata, en ambos casos, de procesos durativos, no delimitados, ni espacial ni temporalmente, y con los que es muy difícil una interpretación de la forma *le* como dativo, debido a la dificultad de recuperarle un referente.

Obsérvese que el *–le* de *piénsale, estúdiale, adivínale* y *cuéntale* no tiene antecedente en el contexto inmediato y es difícil también imaginarlo, en el supuesto caso de que el hablante lo estuviera omitiendo.

(55) --Tú sabes la respuesta, ¡*piénsale*! (Corpus 2, habla espontánea)

--Esto encierra una moraleja, pero cuál, ¡*piénsale*!
(Corpus 2, habla espontánea)

--¡Bueno! Dice: "No, papá, ya no quiero seguir más."
"¿Por qué, hijo? ¡Sigue!" "No –dice- mejor me voy a meter
a trabajar. ¡Consígame usté un trabajo!" "No –le digo-
usté debe d'estudiar; ¡*estúdiele*! (HPCM, 102)

--Si quieres pasar tu examen ¡*estúdiale*! Si no, nunca vas a hacer nada. (Corpus 2, habla espontánea)
--Entóns, ya él ya entraría aquí, a mi casa y todo, y...
–suponemos- se iría a trabajar m'ija para México... que *adivínele*, adivine... (HPRM, 424)

--Déjame limpiar ¿no? ¡*cuéntale* tres minutos!
(Corpus 2, habla espontánca)

--Los soltamos a las tres, tú *cuéntale*.
(Corpus 2, película "Amores perros")

En (56) se ofrecen ejemplos de los verbos *poner* y *suponer*, que en los dos casos refieren al mismo tipo de proceso mental (el de suponer). Hemos dicho antes que este verbo podría analizarse como semejante a los del segundo grupo. El parecido estaría, desde luego, en el hecho de que el verbo *(su) poner* subcategoriza un locativo del tipo meta (en este caso abstracto), que puede aparecer referido mediante un dativo en español. Desde luego, en los ejemplos concretos, es muy difícil también imaginar un referente para *le*, a menos que interpretemos que ese *le* refiere a "la situación", como locativo abstracto. A diferencia de los verbos del segundo grupo, el verbo es, sin embargo, transitivo, pues lo que se supone puede analizarse como objeto directo.

(56) --*supóngale* que no llega ¿qué hacemos?
(Corpus 2, habla espontánea)

--"Total –le dije yo-; porque mira, mira: *ponle* que orita estén separados; pero a lo mejor cuando se casen ustedes, ...
(HPCM, 92)

--Usted tuvo diez, ¿no? Y ya nada más le viven cinco ¿no?
-*Pus... póngale* que ya, orita, pa el nivel mío, son dos los que tengo orita aquí. HPRM, 221)

--¿Tiene más libertad?
-Pos *póngale* que no, pero... este... sí –quiero decirle- ya se van a su trabajo y vienen. (HPRM, 423)

Por último, en (57), tenemos el verbo *saber* que, siendo un verbo transitivo de cognición, puede analizarse como semejante a los verbos del tercer grupo, en los que el dativo refiere al todo afectado es una parte. Desde luego que en el caso del verbo *saber* ese todo es un locus abstracto que puede parafrasearse, también y más fácilmente en este caso, como "la situación de la que se sabe algo"

(57) -Sí. Créame, créame que una mujer que... que...
pues quiere una cosa buena, no le interesa ser costurera
para... ir a otro negocio que también *le sabe*. (HPRM, 96)

-¿Y cómo cuanta gente va a ...?
-*Mm*... Pues no *le sabré* tantear, porque se llena todo;
se llena todo el auditorio... (HPRM, 195)

De este modo hemos descrito los tres principales grupos de verbos y construcciones que admiten *le* intensivo, y los verbos de cognición, que sin pertenecer claramente a ninguno de los tres grupos, ofrecen un comportamiento semejante a ellos que los hace equiparables. Fuera de estos tres grupos y de los verbos de percepción que acabamos de analizar se encuentran casos marginales de verbos, donde es posible documentar el uso de *le* intensivo. Estos casos marginales remiten siempre, sin embargo, a un evento intransitivo durativo (*llorar* y *sudar*) o a un evento transitivo con un dativo como locus subcategorizado (*meter, echar*). Los ejemplos de (58) ilustran estos casos.

(58) --Bueno, pos que entonces ya mi mamá se vino pa la casa; ya fue
cuando ya estuvo mi mamá *llorándole* [a llore y llore] porque
me fui. (Habla popular CM, 207).

--La chamba es *sudarle* mucho y un poco de inspiración
(Corpus 2, habla espontánea).

--¡*Métele* patas [apúrate], que dentro de un ratón te convidaré
del pulque que traigo en el cuero! [habla con su caballo]
(Burrón 277-17)

--¿Y cómo lo metiste, por qué lado o qué?, ¿arriba o abajo?
-hacia abajo, raso.
-¿Y luego qué...?*¡échale! ¡échale valor!*
-Si pus... este... yo... yo traté de asegurar el primer penalty,
y por eso... (HPCM, 214)

Como ha podido verse, pues, la característica que puede considerarse unificadora en todos los casos que hemos analizado de uso de *le* intensivo (tanto los que pertenecen a los tres grupos fundamentales identificados, como los que sólo se asemejan a ellos) es que cuando es posible hacer un análisis paralelo de *le* como dativo, este es siempre de tipo locativo. Así, podemos confirmar la propuesta expresada al principio de este capítulo de que el *le* intensivo se ha ido introduciendo en la lengua a través del área no prototípica del dativo. No puede haber nada más distante de ese prototipo que una entidad inanimada en función semántica de locativo sobre el que se realiza la acción.

Para concluir este capítulo ofreceremos el análisis del único caso en el que nos fue posible documentar un uso intensivo de *le* donde el dativo es prototípico. Se trata del verbo bitransitivo de transferencia *dar* que, como se sabe, tiene subcategorizado un objeto indirecto en función semántica de recipiente, es decir, un dativo prototípico.

Obsérvese, sin embargo, que en el uso, no parece ser tampoco recuperable un referente para la forma *le*. El verbo es transitivo, pero, de nuevo, la construcción con *le* intensivo, en (59) parece estar surtiendo el efecto semántico de intransitivizar el evento o, mejor dicho, de focalizar la acción haciendo irrelevante la recuperación de un referente para la forma del supuesto dativo.

(59) -"Ya vamos a comenzar a pegar mosaicos." -"Pues vamos *a darle*."
(HPCM, 422)

> -y otra vez el ser supremo me enganchó, y *a darle*... a nacer y a regresar a la tierra (Lunitas, 73)
>
> -vamos a echar un traguito de ese sabroso maguey,
> tengo el embudo reseco.
> -vale, por lo tanto, a *darle*. (Corpus 2, Fondo Teixidor, 982/0534)
>
> ...La tropa se había dispersado, y nosotros seguíamos *dale* y *dale* tumbando ladrones como si nada. (Lunitas, 48)

Como hemos visto, pues, el *le* intensivo es localizable siempre en el área del dativo-locativo, sea que este se encuentre subcategorizado, sea que sea una especie de elemento circunstancial-locativo que el dativo puede atraer a la zona nuclear y convertirlo en un elemento central, es decir, atraerlo hacia una posición argumental.

Según creemos, la introducción se ha dado en esta área porque no representa a la función prototípica del dativo. Si la introducción se diera profusamente dentro de las funciones prototípicas del dativo, por ejemplo, con verbos bitransitivos, el hablante reaccionaría inmediatamente, ante la presencia de valores anómalos en una zona nuclear.

El *le* intensivo tiene, pues, la función de poner en foco el evento por sí mismo, como lo han hecho notar ya Torres-Caocullos y Hernández (1999) y pareciera, que en efecto, tiene la función secundaria de bloquear la aparición de toda clase de participante. Esto ocurre quizá precisamente porque la clase de verbos que ha afectado (verbos mayoritariamente intransitivos) tienden a excluir la presencia de toda clase de objeto. Así, la marca *le* puede aparecer con un nuevo valor intensivo.

Esto no podría haberse llevado a cabo tan fácilmente con dativos prototípicos subcategorizados, pues éstos subyacen al significado mismo del verbo, y es más difícil que esta clase de dativos pierdan su valor referencial para dejar lugar al valor intensivo. El hablante siente muy poderosamente la atracción que ejerce el verbo por el verdadero dativo

y habría conflicto de significados. Para que esto ocurra con verbos bitransitivos, por ejemplo, el verbo tiene que perder su sentido básico y adoptar un significado mucho más abstracto, como vimos que ocurre con *dar*. Este verbo pierde totalmente su sentido de transferencia cuando se asocia con *le* intensivo y adopta un sentido abstracto de poner energía en una acción diferente a la significada por el verbo mismo.

En este capítulo ofrecimos apoyo a la hipótesis de que el le intensivo es un préstamo del náhuatl que ha ido tomando carta de naturaleza en la lengua mediante un proceso de "pronominalización", por el que ha logrado en ciertos contextos ser lo suficientemente ambiguo para llegar a confundirse con un auténtico dativo.

Mostramos también que esta forma se ha introducido en la zona verbal de la lengua que permite la aparición de un dativo no prototípico.

Vimos que estos tres tipos de verbos se dejan organizar en tres grupos y algunas extensiones analógicas y que estos tres grupos reflejan un continuo por el que se ha ido introduciendo el uso intensivo de *le*.

Estos tres grupos se caracterizan por admitir, con mayor o menor facilidad, un dativo de tipo locativo y que, al menos dos de esos tres grupos de verbos, se localizan claramente en la zona de la intransitividad.

Conclusiones.

En este trabajo analizamos el uso intensivo de *le* desde una perspectiva diacrónica y diatópica. En el eje diacrónico buscamos un antecedente de lo que pudo haber sido su manifestación en distintos periodos de la lengua española y en el eje diatópico localizamos su origen y evolución en una variedad americana del español: la mexicana.

Hicimos un rastreo bibliográfico del fenómeno y encontramos que, aunque son muy pocos los estudios realizados en torno al problema del llamado uso intensivo de *le*, pueden ubicarse dos perspectivas fundamentales o propuestas de análisis, que difieren esencialmente entre sí por el carácter interno o externo de las motivaciones que le atribuyen.

Así, encontramos que una de ellas intenta explicar el fenómeno como un proceso desarrollado bajo el empuje de tendencias de cambio presentes en el sistema mismo de la lengua española y, la otra, como un fenómeno resultante del contacto del español con otras lenguas.

A pesar de esta diferencia fundamental entre los dos distintos enfoques de análisis encontramos, también, que éstos coinciden en señalar que la forma intensiva *le* no es un pronombre.

Ofrecimos un panorama general de la distribución diacrónica y diatópica de *le* intensivo. Presentamos, por un lado, los datos cuantitativos que nos permitieron apreciar cuál, entre las dos grandes variedades dialectales estudiadas, fue la que mostró la presencia de *le* intensivo. Por otro lado, mostramos en qué momento de la historia se comenzó a manifestar el uso innovador en lengua escrita.

De acuerdo con los datos que ofrecimos, el lector pudo constatar que el uso innovador es un fenómeno muy reciente: se deja sentir en los textos estudiados sólo hasta el siglo XIX.

También pudo el lector constatar que el uso intensivo de *le* se documenta en la variedad mexicana, pero no así en la peninsular, con lo que tendremos que concluir que la innovación tuvo su origen en México.

Pudo apreciarse también que la aceptación de *le* intensivo en lengua escrita tuvo que enfrentar amplias restricciones, pues aunque las primeras documentaciones que tenemos corresponden al siglo XIX, durante todo este siglo sólo contamos con apariciones aisladas y ligadas siempre a fragmentos en los que se describe el habla popular, cuando no el habla vulgar del pueblo mexicano.

Pudo constatarse, por otra parte, que todavía en el siglo XX el uso de *le* intensivo se encuentra asociado con sectores populares e incultos de la sociedad mexicana. Así, lo encontramos profusamente representado en lengua oral y en registros de lengua popular, pero parece ofrecer todavía fuertes restricciones para aparecer en habla cuidada o escrita.

Presentamos también un análisis cuantitativo de datos que muestran una mayor concentración y preferencia del uso intensivo en las regiones de México coincidentes con las antiguas zonas de dominio del náhuatl.

Vimos que también desde el punto de vista del análisis cualitativo existen razones de peso para creer que el uso innovador se originó, en efecto, como resultado del contacto del español con esta lengua indígena americana.

Consideramos como punto de partida la hipótesis planteada por López Austin (1989), según la cual el uso innovador se originó en el cruce de dos corrientes: por una parte, la presencia en el náhuatl de interjecciones excitativas terminadas en la sílaba *le* (*macuele*

'alto a ello', *tlacuele* 'dando prisa a que se haga algo', etc.), y, por otra, los imperativos del español acompañados del dativo *le* (*dale*, *pégale*, etc.).

Para llevar a cabo la evaluación cualitativa de las posibilidades que plantea dicha propuesta, centramos nuestra atención, en primer lugar, en los ejemplos del corpus que pudieran poseer los indicios más claros de una introducción del náhuatl.

Así, nos concentramos, primero, en los usos no verbales, que serían, en nuestra opinión, los que mejor ofrecerían evidencia de la influencia de la lengua náhuatl en el origen del cambio.

Encontramos que, en efecto, existe un uso abundante de expresiones que, sin tener como base un verbo, detentan la añadidura de un *le,* completamente inexistente fuera del corpus mexicano analizado, y que se encuentra a todas luces asociado con el *le* intensivo añadido a verbos.

Pudimos ver que la base sobre la que se añade este *le* intensivo es variable y puede afectar a diferentes clases de palabras: interjecciones, sustantivos, demostrativos, adverbios e, incluso, frases y expresiones complejas.

El análisis de ejemplos nos permitió llegar a la conclusión de que el náhuatl, es responsable, en efecto, de la existencia de ciertas interjecciones en el español mexicano que remiten a un uso intensivo de *le*.

Algunas de estas interjecciones, concluimos, son una especie de calco en español de las formas existentes en náhuatl y que otras, menos directamente asociadas con el náhuatl, ofrecían, sin embargo, el mismo comportamiento formal y semántico-pragmático, con lo que no nos cupo la menor duda de que pertenecen todos al mismo fenómeno.

Analizamos la forma en que este *le* intensivo, cuyo uso se introdujo a través de formas no verbales, se extendió posteriormente sobre ciertas formas verbales del español mexicano.

Intentamos contestar a la pregunta obligada inmediata de cómo se hizo posible que el uso se expandiera, desde unos cuantos contextos interjectivos hasta convertirse en un morfema productivo, que ha logrado afectar a muchos verbos del español.

Propusimos una hipótesis en torno al camino de expansión seguido por el uso intensivo de *le*. Vimos que el *le* intensivo es localizable siempre en el área del dativo-locativo, sea que este se encuentre subcategorizado, sea que se trate de una especie de elemento circunstancial-locativo, que el dativo puede atraer a la zona nuclear y convertirlo en un elemento central, es decir, atraerlo hacia una posición argumental. Según propusimos, la introducción del uso innovador se dio en esta área, porque no representa la función prototípica del dativo.

Concluimos, también que, como ha sido sugerido antes por Torres Cacoullos y Hernández (1999); T. Cacoullos 2002), el *le* intensivo tiene la función de poner en foco el evento por sí mismo y que, en efecto, pareciera tener la función secundaria de bloquear la aparición de toda clase de participante. Propusimos que la introducción de *le* intensivo no pudo llevarse a cabo tan fácilmente con dativos prototípicos subcategorizados, pues al subyacer al significado mismo del verbo, es más difícil que pierdan su valor referencial para dejar lugar al valor intensivo.

Vimos que el uso de *le* intensivo afecta de manera fundamental el área de la intransitividad. Que fue por esta zona por donde inició su introducción y expansión. Encontramos que la mayor parte de las veces no es recuperable un referente para el dativo, por lo que concluimos que el *le* intensivo no es, en efecto, un pronombre.

También mostramos que cuando el uso intensivo alcanza a tocar el área de los eventos transitivos, se trata siempre de estructuras en las que el dativo, de ser canónico, tendría un referente que representa a un todo que se ve afectado en una parte. Esto es, que cuando es posible imaginar un referente para la expresión intensiva de *le*, éste es siempre un referente de tipo locativo.

Presentamos pruebas, pues, de que el uso intensivo de *le* ha afectado, pues, áreas marginales (no nucleares) de la categoría de dativo, donde ésta hace frontera con los complementos circunstanciales, es decir, con elementos locativos.

Ofrecimos apoyo, pues, a la hipótesis de que el *le* intensivo es un préstamo del náhuatl que ha ido tomando carta de naturaleza en la lengua mediante un proceso de "pronominalización", por el que ha logrado en ciertos contextos ser lo suficientemente ambiguo para llegar a confundirse con un auténtico dativo.

APÉNDICE

ENCUESTA	LUGAR	Canónicos	Incentivos
I	San Felipe, B. California	27	0
II	San José del Cabo, B.C. Sur	33	1
III	Hermosillo, Son.	30	0
IV	Magdalena de Kino, Sonora	61	1
V	Chihuahua, Chih.	124	5
VI	Cd. Guerrero, Chih.	72	2
VII	San Juan Sabinas, Coahuila	40	0
VIII	Sabinas Hidalgo, N.León	30	1
IX	Linares, N. León	50	0
X	Soto La Marina, Tamaulipas	28	0
XI	Ciudad Mante, Tamaulipas	20	0
XIII	Jalapa, Zacatecas	38	1
XIV	El Palmito, Durango	45	3
XV	Guamúchil, Sinaloa	34	0
XVI	Jala, Nayarit	20	1
	Suma	652	15
XII	Cerritos S.Luis Potosí	114	3
XVII	Aguascalientes, Ags.	101	9
XVIII	Lagos de Moreno, Jal.	30	3
XIX	Sayula, Jalisco	24	1
XX	Pénjamo, Gto.	45	1
XXI	San Felipe Torres Mochas, Gto.	32	0
XXII	Jalpan, Qto.	35	2
XXIII	Pachuca, Hgo.	24	0
XXIV	Córdoba, Ver.	30	0
XXV	Tlacotalpan, Ver.	24	0
XXVI	Ciudad Serdán, Puebla	42	0
XXVII	Tetela, Puebla	19	1
XXVIII	Tlaxcala, Tlax.	31	2
XXIX	Tlazala, México	77	9
XXX	Jojutla, Morelos	25	1
XXXI	Zinapécuaro, Mich.	28	0
XXXII	Uruapan, Mich.	54	14
XXXIII	Colima, Col.	40	2
XXXIV	La Unión, Guerrero	20	0
XXXV	Tixtla, Gro.	35	4
	Suma	830	52
XXXVI	Tlaxiaco, Oax.	46	0
XXXVII	Tehuantepec, Oax.	23	1
XXXVIII	Tapachula, Chiapas	50	3
XXXIX	Escuintla, Chiapas	86	0
XL	Villahermosa, Tab.	57	0

XLI	Emiliano Zapata, Tabasco	66	0
XLII	Champotón, Campeche	15	1
XLIII	Campeche, Cam.	46	0
XLIV	Ticul, Yuc.	28	0
XLV	Tizimín, Yuc.	18	2
XLVI	Felipe Carrillo Puerto, Q.Roo	41	2
XLVII	Chetumal, Q.Roo	25	3
	Suma	501	12
	Total	1983	79

BIBLIOGRAFÍA

CABANILLAS CHÁVEZ, Teresita. 2004, *Estudio funcional de los verbos intransitivos con dativo en el español de México,* Tesis de maestría, México: UNAM.

CABRERA, Luis. 1984, *Diccionario de aztequismos,* 5ª edición, México: Oasis.

CAROCHI, Horacio. [1646] 1979, *Arte de la lengua mexicana: Gramática náhuatl,* México: Innovación.

FALK, Johan. 1993, "Particularidades sintácticas y semánticas de los predicados emotivos en español", *Stockholm Studies in Modern Philology: Acta Universitatis Stockholmiensis*, Vol. 10, pp. 94-111.

FALTZ, Leonard M. 1978, "On indirect objects in universal sintax", *CLS: Paper fron the foutheenth regiuonal meethings of the Chicago Linguistics Society.*

GARCÍA CUBAS, Antonio. [1904], *El libro de mis recuerdos,* II, *Cuadros de costumbres.* México: A. García Cubas.

GARCÍA, Erica. 1975. *The role of theory in linguistic analysis: the Spanish pronoun system,* Amsterdam: North-Holland Linguistic Series, 19.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín. 1899, *Vocabulario de mexicanismos.* México: La Europea.

GIVÓN, Talmy. 1984, *Syntax. A functional-typological introduction,* Vol. I, Amsterdam-Philadelphia: John Benjamins.

GÓMEZ DE SILVA, Guido. 2001, *Diccionario breve de mexicanismos.* México: FCE- Academia Mexicana.

HERNÁNZ, Ma. Luisa y José Ma. Brucart. 1987, *La sintaxis. I. Principios teóricos. La oración simple.* Barcelona: Crítica.

HOOPER, Paul J. y E. C. Traugott. 1991, *Grammaticalization.* Cambridge: Cambridge University Press.

KANY, Charles. 1969, *Sintaxis hispanoamericana,* Madrid: Gredos.

LANGACKER, Ronald. 1991, *Foundations of cognitive grammar, Descriptive Application,* Vol. 2, Stanford: Stanford University Press.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo. 1989, "Sobre el origen del falso sufijo dativo -Le del español de México", *Anales de Antropología*, Vol. 26, pp. 407-416.

LÓPEZ FARÍAS, Celina. 2004, *La variación en el uso de los clíticos de objeto directo e indirecto en el español mexicano del siglo XX.* Tesis de licenciatura, México: UNAM.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 1973, *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española,* Madrid: Espasa Calpe.

RAMOS I. DUARTE, Feliz. 1895, *Diccionario de Mejicanismos,* 2ª ed., México: Herrero Hnos.

ROBELO CECILIO, Agustín. 1904, *Diccionario de aztequismos.* Cuernavaca: Impresión del autor.

ROMÁN, MANUEL Antonio. 1901-1918, *Diccionario de chilenismos y de otras voces y locuciones viciosas,* 5 Vol., Santiago de Chile: La Revista Católica.

SANCHEZ SOMOANO, José. [1892] 1992, *Modismos, locuciones y términos mejicanos,* México: Porrúa.

SANTAMARÍA, Francisco Javier. [1959] 1978, *Diccionario de mejicanismos,* 5ª edición, México: Porrúa

SECO, Rafael. 1969, *Manual de gramática española,* Madrid: Aguilar.

SIMEÓN, Rémi. [1885] 1977, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexican,* México: Siglo XXI

TORRES CACOULLOS, Rena. 2002, "Le: from pronoun to intensifier", *Linguistics,* 40-2, pp. 285-318.

TORRES CACOULLOS, Rena y José Esteban Hernández. 1999, "A trabajarle: La construcción intensiva en el español mexicano", *Southwest Journal of Linguistic,* Vol. 18-2, pp. 79-100.

FUENTES DEL CORPUS

CORPUS I:

PENÍNSULA

Cid (1140) = *Cantar de mío Cid. Texto, gramática y vocabulario, vol. 3. 3. Texto,* R. Menéndez Pidal (ed.), Madrid: Espasa-Calpe, 1944.

Lucanor (1350) = DON JUAN MANUEL, *El conde Lucanor o libro de los enxiemplos del conde Lucanor et de Patronio,* J. M. Blecua (ed.) Madrid: Catalia, 1969.

Celestina (1499) = FERNANDO DE ROJAS, *Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea,* M. Marciales (ed.), Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1985.

Quijote (1605 1ª parte, 1615 2ª parte) = MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Don Quijote de la Mancha,* Edición, introducción y notas de Martín Riquer, Real Academia Española, Barcelona: RBA editores, 1994.

Moratín (1792 y 1806) = LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *La comedia nueva. El sí de las niñas,* J. Dowing y R. Andioc (eds.), Madrid: Castalia, 1968.

Tirano (1926) = RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *Tirano Banderas. Novela de Tierra caliente.* 9ª edición. Madrid: Espasa-Calpe. 9ª edición 1976.

Modelos (1996) = ALMUDENA GRANDES, *Modelos de mujer,* Tusquet editores, Barcelona: Tusquet

MÉXICO:

DLNE (1525-1697) = CONCEPCIÓN COMPANY, *Documentos Lingüísticos de la Nueva España* (1525-1850) *(Altiplano Central)*, México, UNAM, 1994.

Periquillo (1816) = JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI. *El periquillo sarniento*, Prólogo de Jefferson Real Spell, México: Porrúa, 1976.

Memorias (1828-1840) = GUILLERMO PRIETO, *Memorias de mis tiempos*, México (S-XIX), México: SEP, 1944.

Vida (1843) = MARQUESA CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida en México*, México: Porrúa, 1967.

Mexicanos (1855) = HILARIÓN FRÍAS, ET AL., *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México: Porrúa, 1974.

Astucia (1865) = LUIS G. INCLÁN, *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales, 3 vols., México: Porrúa, 1946.

México (1880) = MANUEL RIVERA CAMBAS, *México pintoresco artístico y monumental*. México: Editorial Nacional, 1957.

Crónicas (1843-1979) = CARLOS MONSIVAIS, *A Ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, 1ª ed. México: Era, 1981

Guerra (1937 y 1940) = JOSÉ G. DE ANDA, *La guerra santa*, SEP: Libros del Rincón, 1ª edición, 1994.

Rulfo (1950 y 1953) = JUAN RULFO, *Pedro Páramo. El llano en llamas,* Prólogo de Felipe Garrido, México: Promex Editores, 1979.

HCM (1971) = *El habla de la Ciudad de México. Materiales para su estudio,* Juan M. Lope Blanch (coord.) México: UNAM, 1971.

HPCM (1976) = *El habla popular de la Ciudad de México, Materiales para su estudio,* Juan M. Lope Blanch (coord.) México: UNAM, 1976.

HPRM (1976) = *El habla popular de la República Mexicana. Materiales para su estudio.* Juan M. Lope Blanch, (coord..) México: UNAM.El Colegio de México, 1995.

Burrón (1983-1984) = GABRIEL VARGAS, *La Familia Burrón,* Revista semanal. Año VI N° 264-268 y 270-279, México: 1983, 1984.

Lunitas (1994) = ELENA PONIATOSWKA, *Luz y luna, las lunitas,* México: Era, 1994.

Lo que fue (1996) = MA. LUISA ERREGUERECHA. *Lo que fue de mí,* México: ASBE, 1996.

CORPUS II.

DEM = Diccionario del Español de México, *Corpus del español mexicano contemporáneo,* [base de datos], El Colegio de México, Diccionario del Español de México, México, 1974.

GARCÍA CUBAS, ANTONIO. [1904] 1986, *El libro de mis recuerdos,* México: Porrúa, p. 198 y 208.

LEÑERO, VICENTE. *Los periodistas,* México: Joaquín Mortiz. 1980, p. 143 y 184.

SUBCOMANDANTE MARCOS. 1997, *Cuentos para una soledad desvelada,* México: Ekosol, p. 16.

Los sustos del valedor, Archivo general de la Nación. Fondo Teixidor 982/0534 P5-C5-F19, Fondo Teixidor 982/0595 P5-C5-F32.

Habla espontánea = Medios de comunicación: radio, televisión, cine, periódicos, anuncios, canción popular y registro de emisiones de habla coloquial